

SEBASTIAN EL BUFANDA

O

EL ROBO DE LA CALLE DE FORTUNY

PELÍCULA POLICIACA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,
ORIGINAL DE JOSÉ IGNACIO DE ALBERTI Y ENRIQUE
LÓPEZ ALARCÓN

Estrenada en el Teatro Romea, de Madrid, el 16 de Junio de 1916.



MADRID ¹⁷

Imp. de Juan Pueyo.—Luna, 29.

TELÉFONO 14-30.

SEBASTIAN EL BUFANDA

Ó

EL ROBO DE LA CALLE DE FORTUNY

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEBASTIAN EL BUFANDA

O

EL ROBO DE LA CALLE DE FORTUNY

PELÍCULA POLICIACA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,
ORIGINAL DE JOSÉ IGNACIO DE ALBERTI Y ENRIQUE
LÓPEZ ALARCÓN

Estrenada en el Teatro Romea, de Madrid, el 16 de Junio de 1916.



MADRID

Imp. de Juan Pueyo.—Luna, 29.

TELÉFONO 14-30.

A CECILIO RODRIGUEZ DE LA VEGA,

AFECTUOSAMENTE

LOS AUTORES.

REPARTO

Personajes

Actores

SEBASTIAN EL BUFANDA.....	C. Rodríguez de la Vega.
MANUEL REVILLA.....	Tomás Venegas.
ENRIQUE AGUIRRE.....	Genaro Guillot.
SANTONJA.....	Antonio Estévez.
FRANCISCO HORTUN.....	Francisco Sepúlveda.
JUAN SCHULTZE.....	Francisco Sepúlveda.
PEREZ.....	Juan Vázquez.
DON PORFIRIO ALVAREZ.....	Miguel Pastrana.
UN GUARDIA.....	Aurelio Velázquez.
UN CAMARERO.....	Aurelio Velázquez.
UN CRIADO.....	Juan Vázquez.
UN SERENO.....	Juan Vázquez.
MEDINILLA (no habla).....	N. N.
ANITA ALVAREZ.....	Paquita Calvo.
LA DUQUESA.....	Pilar Jiménez.
LA BARONESA.....	Pilar Ezquerria.
LA DONCELLA.....	Cecilia de la Fuente-
FELIPA.....	Pilar Jiménez.
UNA INVITADA.....	Amalia Guillot.
OTRA IDEM.....	Victorina Durán.

Invitados, agentes de Policía.

ACTO PRIMERO

Sala del registro dactilar y antropométrico en la Jefatura de Policía. Al fondo, á la derecha, una puerta grande, por la que se ve le galería fotográfica con luz azul de mercurio. A la izquierda, en el ángulo, una puerta pequeña que conduce á los calabozos. Entre las dos puertas, adosado al muro, un gran bastidor rectangular, graduado y dispuesto para la talla: próximo, un taburete alto. En el centro de la escena una mesa alta, y al lado otra pequeña y baja, sobre la que hay una almohadilla con tinta, un rodillo, una hoja de cristal y otros accesorios para la impresión dactilar. En la lateral izquierda una puerta. A la derecha é izquierda de esta puerta, á lo largo del muro, dos estantes de un metro de altura, con los índices. A la derecha mesa de despacho. En las paredes, gráficos, compases, escuadras y una pequeña anaquelera con reactivos.

ESCENA PRIMERA

REVILLA y AGUIRRE.

Al levantarse el telón, Aguirre está sentado á la mesa, sobre la cual, muy baja, luce una lámpara de gran potencia, á cuya luz, Aguirre, con una lupa, examina un objeto. Revilla, en uno de los estantes de índices, observa algunas fichas. Hay una pausa, tras la cual Revilla vuelve á dejar las fichas en el estante y viene al centro de la escena. Revilla es un hombre joven, de buen porte y muy atildado y elegante.

Revi. ¡Nadal... ¡Aquí no hay nada!... Ni un detalle, ni un indicio, ni un solo dato que pudiera servirnos de orientación. Cada día,

tengo menos fe en los procedimientos científicos. Prácticamente, todo esto es inútil; no sirve para nada.

Agni. ¡No digas disparates!.. ¿Qué sería de nosotros y de toda la policía del mundo, si no fuera por eso?

Revi. Puede ser que en los grandes centros, en Londres, en Nueva York y en las capitales del Sur de América sobre todo, este sistema de identificación tenga una gran importancia y produzca resultados maravillosos. A la Prefectura de París, por ejemplo, le son utilísimos los antecedentes que le envíe la Jefatura de Nueva York de todos los criminales que han desfilado por aquella ciudad; como á la Prefectura de Buenos Aires le interesan en extremo los datos que le envía la de París ó la de Londres... Pero á nosotros, ¿qué nos importa? ¿Quién va á ocultarse aquí?

Agni. ¿Quién?... Ya lo estás viendo. Hace ocho meses que buscamos á un hombre; nos consta que está aquí — porque raro es el día que no tenemos una nueva muestra de sus habilidades, y, sin embargo, no hemos podido dar con él y todos nuestros trabajos han sido inútiles.

Revi. El procedimiento me parece de lo más absurdo. (*Señalando á los índices*) Todos esos miles de fichas; todos esos datos; todas esas anotaciones dactilares y antropométricas, son absolutamente inútiles.

Agni. ¿Qué han de ser inútiles!

Revi. Ya lo sé. Tú representas al policía moderno, de los procedimientos deductivos, del análisis; al detective de la novela policiaca. Yo vivo más á la moderna todavía; yo soy el detective libre, el de la impresión, el de la co-razonada, el de la síntesis. Yo no tengo con la ley más relación que la del crimen que persigo; tú eres la sociedad que se defiende contra el malhechor. Por eso tú eres jefe de una oficina y yo soy un modesto policía particular. (*Pausa*).

Agni. (*Que no ha dejado de examinar el objeto que tenía en la mano al comenzar la escena.*) ¡Ven!.. ¡acércate! Tú no has ha

- llado nada y yo creo haber descubierto algo.
Revi. (*Acercándose con gran interés*) ¿De veras?...
¡A ver!
- Agui.** (*Mostrándole el objeto á la luz de la lámpara.*) ¡Mira!
- Revi.** (*Observando.*) ¡Es verdad!... Las líneas están perfectamente marcadas... podrían contarse. Ya lo están.
- Agui.** ¡Es curioso!... Parece una mano de mujer.
- Revi.** A primera vista, sí; pero no es de mujer, es de hombre, una mano fina y bien cuidada.
- Agui.** Como la tuya.
- Revi.** (*En broma.*) ¿Será la mía y yo no me he enterado?
- Agui.** ¿Quién sabe? De todos los ciudadanos posibles, ninguno podría dedicarse á ladrón con más impunidad que tú
- Revi.** Es verdad... Y si algún día se me ocurriera poner en práctica esa idea diabólica, trabajo te había de costar descubrirme.
- Agui.** ¡Qué sabemos!... Acaso te costara á ti mucho más el descubrirme á mí; porque conociéndote, como te conozco, no habría de ser tan cándido que dejara los trazos de mi mano al alcance de tus investigaciones... Robaría con guantes.
- Revi.** Gato con guantes...
- Agui.** Pues la mayoría de los ladrones modernos, son de guante blanco.
- Revi.** El que nosotros buscamos lo es. La impresión de su mano está aquí demostrándolo. Ahora te explicarás el por qué anduvisteis todos despistados. Las descripciones que nos han hecho nos muestran á un hombre tosco, rudo, mal jateado y como perteneciente á una clase inferior. Este aspecto, puramente externo, nos han inducido á buscar al ladrón en un medio social del que está muy distante.
- Agui.** Falta saber, si esas huellas son efectivamente del hombre que buscamos
- Revi.** Es indudable que este objeto estuvo en su mano.
- Agui.** ¿Por qué?
- Revi.** Porque la impresión dactilar corresponde exactamente con estas otras obtenidas por mí. (*Abre un cajón de la mesa y saca un trozo*)

de cristal y una fotografía.) Este trozo de cristal es del escaparate de la casa de préstamos. Estas impresiones las recogí en el mostrador y en la vitrina de la joyería últimamente robada.. Y por si estas pruebas no fueran suficientes, hay esta otra, que para mí es definitiva. (*Saca del cajón una cajita forrada de tafete rojo.*) Esta cajita.. el estuche de unos pendientes. Lo encontré la misma noche del robo á unos pasos del escaparate, entre éste y la boca del alcantarillado por la que huyeron los ladrones después de efectuado el robo. Estaba resguardada entre el escalón que forma la acera y una pequeña hendidura del asfalto... La recogí con toda precaución. y, en un principio, nada descubrí en ella: era difícil distinguir sobre la piel roja una mancha de sangre.

Revi.

Es verdad.

Agui.

Acaso se distinga más por el relieve que por el color.

Revi.

La impresión dactilar es perfecta.

Agui.

Parece hecha sobre un lacre. Indudablemente el ladrón, al romper el cristal, se hirió. Sobre el peluche del escaparate había varias gotas de sangre. En la precipitación de la huida, este estuche debió caerle de las manos.

Revi.

¿Los pendientes estarían dentro?

Agui.

Eso es lo extraño... En el estuche, cuando yo lo recogí, nada había. Pero acaso alguien lo tuvo en sus manos antes que yo, y después de guardarse el contenido lo dejó caer, temiendo que las señas del establecimiento, impresas en el interior, pudieran comprometerle.

Revi.

Es posible... Y entonces, según tus indicios, el hombre de la bufanda del robo de la casa de préstamos y de la joyería; el del robo de los veinte mil duros, en la galería del Banco, y últimamente, el del robo descubierto en los monetarios del Museo Arqueológico, es siempre el mismo hombre.

Agui.

¡Siempre el mismo!

Revi.

¿Y has hablado de esto con el jefe?

Agui.

¡Claro que sí!

- Revi.** ¿Y qué?
- Agui.** Que no hace caso... ¡Siguen obsesionados, buscando á ese tipo fantástico de la bufanda, como si no hubiera, en pleno invierno, más que un solo hombre con bufanda!
- Revi.** Sí que es absurdo... Y si te encargaran de una investigación ¿qué harías tú?... ¿Tienes algún plan definido?... Si quieres, nos ponemos de acuerdo, y hoy mismo, sin contar con nadie, comienzo á poner en práctica tus indicaciones... Necesito acreditarme y acreditar mi agencia de informaciones é investigaciones. Sería de un efecto maravilloso que nosotros solos, por nuestra propia iniciativa, lográramos echarle mano á ese hombre fantasma. Aunque yo dudo mucho que exista esa íntima relación que tú crees haber descubierto. Los procedimientos son tan distintos. . . Pertenecen á dos modalidades tan opuestas. . . El uno, es el hombre de audacia, que, á las ocho de la noche, en una calle céntrica, rompe el cristal de un escaparate, introduce su mano, arrambla con un puñado de joyas y desaparece. El otro, es el individuo hábil, fino, sagaz, que escamotea al paso, y en las mismas narices de un cobrador, un fajo de billetes que vale veinte mil duros.
- Agui.** El caso es el mismo... Se trata de una banda de ladrones profesionales perfectamente organizada, y que acomete sus atentados, no cuando la ocasión se les viene á las manos, sino después de estudiar detenidamente el terreno y de familiarizarse con todos los elementos que pudieran concurrir á la acción. . . Y en esta banda, que cuenta indudablemente con cómplices y espías, me atrevo á asegurar que hay dos inteligencias: una que proyecta y otra que ejecuta. La variedad misma de los procedimientos es una comprobación de mi hipótesis.
- Revi.** Entonces, ¿cómo comenzarías tú la campaña?
- Agui.** No me hagas hablar.
- Revi.** ¿No tienes confianza en mí?
- Agui.** No es eso. Es que mis suposiciones habían de parecerte tan absurdas, que más vale que no las conozcas.

- Revi.** ¿Más absurdo que lo que se está haciendo hace ocho meses?
- Agui.** Es verdad... Pues bien: yo comenzaría mis investigaciones vigilando al joyero de la joyería robada. ¿Conoces los antecedentes de ese hombre? ¿Sabes de dónde viene y en qué negocios anduvo complicado antes de establecerse aquí? ¿No sabes las relaciones comerciales que existían entre él y el prestamista? ¿Ignoras los pagos que se le avecinaban días antes del robo en la galería del Banco... ¡Por allí comenzaría yo mis indagaciones!
- Revi.** Todo esto quiere decir, que tú sabes algo.
- Agui.** Lo mismo que podías tú saber. Que ha tenido establecimiento en París y en Biarritz, y en los dos hizo quiebra. Que vino aquí á establecer una joyería por cuenta de una entidad extranjera, y que hoy el establecimiento es suyo, y que lo hubiera perdido, si el pretexto del robo cometido en su casa no le hubiera ayudado á justificar su difícil situación económica.
- Revi.** ¿Y cómo explicas esas dificultades económicas á los veinte días del robo de la casa de préstamos?
- Agui.** ¡Si yo tuviera los datos suficientes, ya lo hubiera metido en la cárcel!
- Un momento antes se han visto entrar en el gabinete al Guardia que conduce á Sebastián y á Francisco Hortún. Al terminar Aguirre su última réplica, la luz azulada adquiere una grau intensidad. Entonces se ve al fotógrafo colocar á Sebastián ante la máquina y luego á Hortún.
- Revi.** *(Al notar la intensidad de la luz mira hacia el fondo y dice: Ya te ha caído trabajo... ¿Quiéres que nos veamos luego para hablar detenidamente del asunto? Tengo verdadero interés en el asunto.*
- Agui.** Como quieras.
- Revi.** *(Mirando el reloj).* Es la una y media: te ayudaré para que terminemos antes y nos vamos á almorzar juntos. *(Se retira de la mesa y va hacia la puerta del fondo, desde donde dice á Aguirre):* Dos detenidos. *(Aguirre guarda cuidadosamente los objetos que sacó del cajón, apaga la luz que lueta sobre la mesa y viene al centro de la escena mani-*

pulando en la mesa de impresión dactilar. Revilla se le acerca diciéndole): Es posible que me encarguen de una comisión que me valdrá un buen regalo.

Agui. ¿De qué se trata?

Revi. Dentro de unos días exponen en el hotel de don Porfirio Alvarez—ese negociante tan rico—el *trosseau* y los regalos de boda de la hija, que se le casa. Como yo soy amigo de don Porfirio, y teme que le roben el collar, quiere que yo lo vigile el día de la exposición.

Agui. ¿Y qué tienes que hacer allí?

Revi. Nada. Presentarme como uno de tantos invitados y estar á la mira. . Te advierto, que me han dicho que habrá en la exposición alhajas por valor de millón y pico de pesetas... ¡Hombre!... Ahora que caigo... ¡es casualidad! Uno de los regalos, el del padre de la novia, es un magnífico collar de brillantes que ha estado expuesto en la joyería de marrras.

Agui. ¿En casa de Schultze?

Revi. Sí. ¡Es magnífico!... Cincuenta mil duros han pagado por él.

Agui. ¡Qué suerte tienen los granujas! (*En el gabinete fotográfico se oye la voz del guardia que grita indignado*)

Guar. ¡Le he dicho á usted, más de cuarenta veces, que calle! ¿Es que va usted á obedecer ú no?

Revi. ¿Qué será eso? (*Va á la puerta de la fotografía, siguiendo á Aguirre.*) ¿Qué pasa?

Guar. (*Empujando hacia la puerta á Sebastián.*) ¡Por aquí, hombre, por aquí! (*Entra Sebastián y detrás el Guardia que saluda militarmente á Revilla y á Aguirre.*)

Revi. ¿Qué dice?

Guar. Insulta á su compañero (*A Sebastián.*) ¡Anda para adelante!

Sebastián avanza al centro de la escena. Es un hombre de mediana estatura, ancho y fuerte, que viste un traje tosco de artesano, muy sucio, trae calada hasta los ojos una boina y al cuello una enorme bufanda. Tiene el pelo largo y enmarañado; barba y bigotes de muchos días sin afeitarse. Cuando habla y ríe se ve una boca negra y sin dientes. Su aire es el de un hombre de modales rudos y pesados; pero su sonrisa picaresca parece descubrir al aldeano cazarro y camastrón. Revilla

y Aguirre observan con curiosidad al tipo, cuyo aspecto es, más bien que de otra cosa, el de un mendigo vagabundo. El Guardia ha vuelto á salir y viene á poco conduciendo á Francisco, que es un tipojo delgado, flno, lampiño y que viste con cierta elegancia. A las increpaciones de Sebastián ni contesta ni hace el menor caso.

ESCENA II

REVILLA, AGUIRRE, SEBASTIÁN, FRANCISCO
Y EL GUARDIA.

- Revi.** (*A Aguirre.*) ¿Me dictas tú ó te dicto yo?
Agui. Yo te dictaré. (*Revilla se sienta á la mesa*)
Sebas. (*A Francisco*) ¡Ladrón!
Agui. (*Con severidad.*) ¡Le han dicho á usted que calle!
Sebas. Es verdad; tiene usted razón... Y vale más callar ó tomarlo á chirigota, porque si va uno á pensar en la faena que me ha hecho aquí el amigo... ¡Vamos, que verme yo ahora empapelao...
Agui. (*Sin hacer caso á Sebastián dice á Francisco*): Descálcese usted.
Sebas. (*Mientras Francisco se descalza y Aguirre prepara la talla, continúa.*) Por supuesto, que ya nos veremos delante del juez, y entonces se sabrá la verdad y cada uno pagará á razón de lo que le corresponda. Porque eso de haber ido tú á dar el soplo, por echarte fuera y colgarme á mí el sambenito, eso no te vale: sería preciso que yo me quedara mudo..
Guar. ¡Si que sería preciso!
Sebas. (*Al Guardia.*) ¿Pero está usted ahí?
Guar. ¡Quítese usted la boinal
Sebas. (*Descubriéndose.*) Usted perdone.

Francisco se ha quitado las botas; Aguirre le conduce al fondo y lo coloca en la talla, donde le toma las medidas del método Bertillon. Talle, abertura de piernas y altura sentado; largo y ancho de la cabeza y de la oreja derecha; medida de los miembros de la parte izquierda del cuerpo; pie, dedo meñique, dedo medio y brazo. Color del pelo y del iris. Todas las medidas las va dictando á Revilla, que las anota en la ficha.

- Agui.** (*Dictando.*) Uno cincuenta y tres... ochenta... noventa y cinco ..
- Sebas.** (*A Francisco con zumba, cantando.*) Le voy á usted á cortar un pantalón.
- Guar.** (*Indignadísimo.*) ¡Aquí va usted á cantar!...
¡Vamos, hombre, en mi vida ví mayor cinismo!
- Revi.** (*Riendo.*) Déjelo. A él le vamos á cortar otro de la misma tela.
- Sebas.** Gracias... con tal que no sea de felpa.
- Revi.** Por aquí no usamos ese género.
- Sebas.** (*Señalando al Guardia.*) Son éstos los que lo usan. (*Viendo que toman á Francisco medida de la cabeza.*) ¿También sombrero?... Te van á dar tó un equipo.
- Agui.** Veinte y siete por treinta .. Seis por tres... veintitrés... nueve... seis con cinco...
- Sebas.** Sesenta y cinco..
- Agui.** Pelo negro.
- Sebas.** El de la dehesa.
- Agui.** Iris, verde... (*A Francisco*) Acérquese á esta mesa.
Francisco viene á la mesa del centro. Aguirre toma el cartón que Revilla le entrega, para tomar en él las impresiones dactilares, y antes de que tome tinta Aguirre le coge la mano y se la observa por la palma.
- Sebas.** (*A Aguirre.*) ¿Le va usted á echar la buena ventura?
- Agui.** (*Entinta la mano de Francisco y saca las impresiones.*) Marque usted bien. (*Marca primero el pulgar.*) Los otros dedos... la mano... la otra mano (*Hecha la operación Aguirre devuelve la ficha á Revilla y dice á Francisco*): Diga usted al señor su nombre y apellido apodo, profesión, etc... (*A Sebastián.*) Usted...
- Sebas.** Servidor.
- Agui.** ¿Por qué no se ha quitado las botas?
- Sebas.** Como nadie me ha dicho nada.
- Agui.** ¿No ha visto usted lo que ha hecho el compañero?
- Sebas.** Sí, señor. Pero, por no imitar lo que haga ese granuja...
Sebastián se descalza. Aguirre hace lo mismo que con el anterior, ayudado por el Guardia.
- Revi.** (*A Francisco*) ¿Su nombre?

Fran. Francisco Hortún.

Revi. ¿Natural de?

Fran. Burgos.

Revilla mira de reojo á Aguirre, que ocupado en tallar á Sebastián está de espaldas. Entonces cambia una mirada de inteligencia con Francisco, y de modo que el público se aperciba, saca una ficha del bolsillo igual á la que tiene sobre la mesa y las cambia, guardándose la que acaban de hacer.

Revi. ¿El nombre de sus padres?

Fran. Francisco Hortún y María Zamora.

Revi. ¿Edad?

Fran. Treinta y dos años.

Revi. ¿Estado?

Fran. Soltero.

Revi. ¿Tiene usted apodo?

Fran. No, señor.

Revi. ¿Profesión?

Fran. Escultor decorador.

Revi. ¿Le han detenido á usted alguna vez?

Fran. No, señor.

Revi. Nada más.

Francisco se aparta de la mesa. Aguirre conduce á Sebastián á la mesa del centro. Revilla se levanta y va á los estantes de la izquierda, donde examina algunas fichas.

Agui. (*A Sebastián.*) Apriete usted bien... ¿No ve que no marca nada?

Sebas. (*Mirándose las manos.*) Dígame, señor comisario: ¿sale esta tinta?

Agui. Sí, señor. Ahora podrá usted lavarse las manos. (*Se sienta á la mesa.*) ¿Su nombre?

Sebas. Jorge Candelario.

Agui. ¿Natural de ..?

Sebas. De ahí mismo.

Agui. ¿De dónde?

Sebas. De Candelario.

Agui. ¿El nombre de sus padres?

Sebas. Ese es un servicio que ustedes me podían hacer, porque yo no he podido dar con ellos. Entonces ¿de dónde le viene á usted ese apellido?

Sebas. De Candelario. ¡De alguna manera se había de llamar uno!

Agui. ¿No ha variado usted nunca de nombre?

Sebas. ¡No señor! ¿Para qué?

Agui. ¿Tiene usted algún apodo?

- Sebas.** Ese mismo: «el Candelario».
- Agui.** ¿Está usted seguro de haber nacido allá?
- Sebas.** No me acuerdo. (*Aguirre le mira severamente.*) No se enfade usted, señor delegado...
- Agui.** ¿En qué población ha residido usted la última vez?
- Sebas.** En ninguna.
- Agui.** ¡Basta de bromas!
- Sebas.** Yo no hablo en broma, señor inspector. Le he dicho á usted la verdad. Llevo tres años recorriendo mundo y no me han dejao descansar arriba de ocho días en ninguna parte. Va pa cuatro meses que desembarqué. Saqué bagaje y andando me vine hasta aquí.
- Agui.** ¿Cuánto tiempo hace que llegó?
- Sebas.** Veinte días. Los mismos que hace que conocí á ese granuja, que es el causante de que yo les esté dando que hacer.
- Agui.** ¿Tiene usted la certificación de bagaje?
- Sebas.** Aquí, no, señor; pero, si me dejan, yo se la traeré á usted sellada con el sello de todos los Ayuntamientos del tránsito.
- Agui.** ¿Le han detenido á usted alguna vez?
- Sebas.** ¡Cáa! .. ¡No, señor!
- Aguirre se levanta y va á los índices, donde está Revilla, que le da la ficha de Francisco, diciéndole:
- Revi.** Ese no tiene antecedentes.
- Aguirre coge la ficha que le da Revilla, y con ja que él lleva de Sebastián busca en los índices. A poco saca una de las fichas y la confronta con la que tiene en la mano y que acaba de hacer á Sebastián.
- Agui.** (*Llamándole.*) ¡Revilla! (*Mostrándole la ficha que ha encontrado.*) Es el mismo ¿verdad?
- Revi.** (*Riendo.*) ¡Tiene gracia! (*Ambos observan á Sebastián.*)
- Sebas.** (*A Aguirre.*) ¿Me deja usted ver eso?
- Agui.** Ya lo creo. (*Le da la ficha.*)
- Sebas.** Diga usted. Y aquí ¿se vé algo?
- Agui.** (*Recogiéndole la ficha.*) Algo se ve... Por ejemplo: se ve que tú te llamas Sebastián Esteve, alias «el Narices». (*Al Guardia le da un ataque de risa y se pone las dos manos en la boca. Sebastián finge un gran asombro.*) Se ve, además, que eres natural

de Guadalajara y que has estado en Orán, de cuya población te expulsaron después de haber cumplido condena por robo.

Sebas. ¡Rediós! Pero ¿dónde ha leído usted eso? (*El Guardia, que ha estado retorciéndose, rompe á carcajada limpia, que degenera en ahoguillo y en una tos terrible. Sebastián lo mira y dice á Revilla.*) Dele usted golpes en la espalda, que se ahoga. ¡Más fuerTEL

La tos del Guardia es tan imponente, que Revilla cree necesario usar el remedio que le indica Sebastián y le golpea en la espalda.

El pobre Guardia, dando arcadas, se lleva las manos al cuello de la guerrera, se lo arranca, y materialmente ahogado gira sobre los talones y hace mutis por el foro. Ahora es Sebastián el que se desquijara de risa, diciendo:

Es que es muy bruto... Digan ustedes que le pongan unas sanguijuelas... (*á Revilla*) ¡Yo no sé de dónde sacan ustedes estos zopencos! (*En este instante suena el teléfono que está sobre la mesa.*)

Agui. (*Al teléfono.*) ¿Quién?... A sus órdenes... Sí señor... Aquí están. Subimos al momento... (*Bajo á Revilla*) Es el jefe que pregunta con un gran interés por éstos

Revi. ¿Quién será esta gente?

Agui. Ahora veremos. (*Coge las fichas y sale por la izquierda con Revilla.*)

Fran. (*En voz baja.*) ¿Dónde te detuvieron?

Sebas. (*Que ha dejado de aparecer como el hombre tosco y cazarro para mostrarse como es: sagaz, ágil, vivo, rápido en el decir y en el accionar y con marcado aire chulesco.*) Donde convinimos: En el Oriental, cuando hacíamos como si tratáramos el asunto con los dos paletos.

Fran. ¿Estoy seguro de que el inspector Santoja y los agentes han caído en el lazo?

Sebas. ¡Digo!... ¡Como tontos!

Fran. Han tragao tóo el anzuelo. Ni jurándoselo, creerían que yo les he engañao y que les he estao dando el camelo. El inspector cree de buena fe que yo iba contigo pa enterarme de tus negocios y pa saber quién eras y denunciarte. Además, ladrón; has estao como los

ángeles. (*A Sebastián.*) Deberías de contrartarte en un teatro.

Sebas. Puede que lo haga.

Fran. (*A Revilla.*) Has hecho una escena cuando me viste en la Comisaría y pareció como que caías en la cuenta de que yo te había delatado!...

Sebas. Hemos hecho una película.

Fran. Pues, ahora, mucho tiento con lo que se hace y con lo que se habla. Arriba están tratando de nosotros. Santonja cree que tú eres el hombre de la bufanda.

Sebas. Como que la llevo puesta. (*Entra Revilla.*)

Revi. ¡Guardial... ¿No hay nadie ahí?... (*Por la izquierda entran Aguirre, Medinilla y Pérez.*)

Agui. (*A los agentes.*) Ese es. Señala á Francisco.) Suba usted al despacho del jefe. *Los agentes le acompañan por la izquierda.*)

Sebas. (*A Francisco.*) ¡Qué suerte tienes, ladrón.

Agui. ¿No ha vuelto el guardia?

Guar. (*Apareciendo por el fondo, muy tieso y muy grave.*) Presente.

Sebas. ¡Holal! ¿Pasó ya? Otro golpe de risa y las lias.

Agui. Llévelo al calabozo.

Guard. (*Cogiéndole por un brazo á Sebastián y conduciéndole por el fondo.*) Ven por aquí *Narices.*

Sebas. Donde tú quieras.

Hacen mutis por la puerta de los calabozos. Por la izquierda entra, rápida y triunfalmente, Santonja. Viene sin sombrero, luciendo una respetable calva. Es un hombre bajo y rechoncho, con enormes bigotes y que lleva una gran herradura de brillantes en la corbata, una cadena colgante, rematada por una onza de oro rodeada de brillantes; en las manos, todos los dedos llenos de solitarios de un tamaño colosal. Tras de él vuelven á aparecer Medinilla y Pérez.

Sant. ¿Dónde está mi hombre?

Agui. ¿A quién se refiere usted?

Sant. ¿A quién ha de ser?... ¡A Sebastián Esteve!...

¡Al hombre de la Bufanda!

Revi. (*Con bien fingido asombro.*) ¿Qué dice usted?

Sant. ¡Lo que oye!... ¡Que ya le tenemos!... ¡Que yo lo he detenidol!...

Revi. ¿Está usted seguro?

Sant. (*Con cierto desdén.*) Algo más que seguro; persuadido... Hacía ya algún tiempo que, gracias á mis averiguaciones les venía siguiendo la pista. Supe que esta mañana iban á dar un golpe: averigüé el punto de la cita, y hace una hora caí sobre ellos.

Revi. Pero ¿cuántos son?

Sant. No lo sé, ni me importa. Lo único que nos interesaba á todos era prender al jefe de la banda y ¡ya le tengo! (*á los agentes.*) Usted, Pérez, avíseme un coche para que conduzcamos al detenido al Juzgado. Usted, Medinilla, telefónee á los diarios de la tarde y diga que el autor de los robos misteriosos del Banco, de la casa de préstamos, etc., está ya en nuestras manos... Puede usted agregar, que la detención ha sido realizada por el delegado señor Santonja, y deles usted algunos detalles un poco novelescos, para que la información resulte más amena.

Agui. Le advierto que el jefe acaba de recomendar-me una gran reserva en este asunto.

Sant. ¿Conque una gran reserva? ¡Vamos, hombre, estaría bueno! Lo que pretende el jefe es dar él la noticia y prepararse un bombo, como si la detención hubiera sido obra suya... ¡Estaría bueno, hombre!... Trabaje usted; quítese usted la vida sin descansar día ni noche; expóngase á que uno de estos bandidos le deje á usted seco, y, todo esto para que otro se lleve las ganancias!... ¡Estaría bueno, hombre!... ¡A ver! ¡Pérez!... (*á Pérez que entra.*) ¿Está ahí el coche?

Pérez (*Con voz de tip'e.*) Sí, señor.

Sant. ¡Vamos á conducir al Bufanda al Juzgado!... No telefonée usted, Medinilla; yo mismo iré á recorrer las redacciones. (*Yendo hacia el fondo.*) ¡A mí no me toma la cabellera, ni el jefe, ni el Kaiser!

Hace mutis por la puerta de los calabozos, seguido de Pérez. Medinilla vase por la izquierda. Aguirre se acerca á Revilla, que parece muy pensativo.

Agui. ¿Qué opinas tú de esto?

Revi. Que me parece absurdo.

Agui. ¡Y lo es!... Este pobre hombre (*por Santonja*) es un fatuo, ridículo. Todo esto no es más

que una farsa... Una estratagema muy audaz y muy hábil, urdida por los mismos que forman la banda y llevada á la práctica por ese que Santoja cree su confidente.

Revi. Muy bien pudiera ser.

Agui. Para mí no hay duda... De estos dos individuos, al que no conviene que perdamos de vista, no es al Sebastián Esteve, es al otro.

Revi. ¿Pero tú crees que lo pondrán en libertad?

Agui. Me figuro que sí; y si lo hacen, yo me encargo de él ¡Te juro que de mí no se ha de burlar! (*Va á la mesa, coge unos papeles y se dirige á la puerta de la izquierda; cuando va á salir se vuelve y dice á Revilla, que parece muy pensativo:*) Aguárdame y saldremos juntos. (*Vase.*)

(*La puerta de los calabozos se abre y aparecen, delante; Pérez, detrás el Bufanda y después Santonja. Revilla se vuelve á ellos, y cuando ya van á salir por la puerta de la fotografía dice á Santonja.*)

Fran. ¡Señor Santonja!.. (*Santonja se vuelve*)

¡Que se va usted á la calle sin sombrero!

Sant. ¡Es verdad!.. No sé dónde tengo la cabeza... ni el sombrero... Pérez, suba usted á ver si lo he dejado en el despacho del jefe. (*Pérez sale precipitadamente por la izquierda.*) ¡Hay días de prueba!

Sebas. (*A Santonja, muy respetuoso.*) Si usía no se ofende le diré que me parece recordar que lo que usía llevaba era impermeable y gorra.

Sant. (*Dándose una palmada en la calva*) ¡Es verdad! Y ese hombre, andará arriba buscando el sombrero... Amigo Revilla, ¿quiere usted hacerme el favor de quedarse al cuidado de éste un momento.

Revi. Lo que usted me mande.

Sant. Subiré yo. (*Sale rápidamente por la izquierda. Revilla y Sebastián rompen á reír.*)

Fran. (*A Sebastián*) Yo, á la calle.

Sebas. Hemos tenido la gran suerte.

Fran. ¿Por qué?

Sebas. Mete la mano en este bolsillo, que yo, con estas pulseras, no puedo.

Francisco mete la mano en el bolsillo de la zama

rra de Sebastián y saca, con asombro, un magnífico reloj de oro con su colgante, á cuyo extremo hay una onza rodeada de brillantes.

Fran. ¿Qué es esto?

Sebas. ¡Guárdalo! Es el reloj de tu amigo el comisario Santonja. El ponerme á mí los grilletes, le tenía que costar caro.

Fran. (*A Revilla.*) ¿Manda usted algo?

Revi. Nada. Enhorabuena. (*Se oye la voz de Santonja, que le grita indignado á Pérez.*)

Sant. (*Dentro.*) Pero, hombre, ¿no recuerda usted que me ayudó á ponerme el impermeable esta mañana en la comisaría? (*Entra seguido de Pérez.*) ¡Vamcs! Con todo esto hemos perdido media hora de coche, y además llegará á las redacciones cuando hayan cerrado la edición de provincias... Deben de ser las dos y media. (*Echa mano al reloj.*) ¿Qué es esto? (*Se abre el impermeable y la americana y se mira la barriga, sobre la cual no luce, como antes, la magnífica onza rodeada de brillantes.*) ¡Pérez!...

Pérez. ¡Señor comisario!...

Sant. ¿Dónde está mi reloj?

Pérez. (*Aterrado.*) ¿Su reloj, señor comisario?

Sant. ¿No he tenido yo toda la mañana el reloj en el bolsillo?

Pérez. Sí, señor. Con el colgante de la onza rodeada de brillantes.

Sant. (*Rechinando los dientes.*) ¿Y dónde han ido á parar el colgante, la onza y el reloj?... ¿Dónde, Pérez?

De repente, y asaltado por una idea, da un salto de tigre y cae sobre Sebastián, que con sus manos esposadas ha contemplado la escena con la boca abierta y con una expresión de cándido estupor admirable. Santonja comienza á registrarle.

Sebas. (*Al ser registrado protesta con gran calor.*) ¡No hay derecho, señor mío, para que me tome usted á mí por un ladrón!... ¿No ha sido usted mismo quien me ha puesto los grillos? (*Levantando las manos en alto para que se le vean aprisionadas por los grilletes.*) ¿Con qué quería usted que le robara, con los dientes?

Santonja, que ha terminado de registrar á Sebastián, se separa de él sudoroso, se quita la gorra y la tira contra el suelo con rabia.

Revl. (*A Santonja.*) ¡Esto es increíble!... ¿Está usted seguro de que llevaba el reloj?

Sant. Tan seguro como puede estarlo usted de que lleva el suyo.

Revl. (*Tentándose el bolsillo.*) ¡Quién sabe!

Sant. (*Volviéndose hacia Pérez con un aspecto imponente y un tono que no admite duda.*) ¡Pérez!... ¡Esto no puede quedar así!... ¡Vuelva usted á llevar á ese hombre al calabozo, y todo el mundo á buscar mi reloj! ¡Y mucho ojo, Pérez, porque si mi reloj no parece, esta noche duermen en la cárcel desde el presidente del Consejo de ministros hasta Garibaldi!

Pérez se acerca á Sebastián y le coge de un brazo para conducirlo al calabozo. Al llegar Sebastián al lado de Santonja se para y le dice.

Sebas. ¿Va usted á dar esta noticia en los periódicos?

Antes de darle tiempo á Santonja para que pueda contestar, emprende rápidamente el paso hacia el calabozo, remolcando á Pérez, y hace mutis. Santonja queda de una pieza.

TELON

ACTO II

En el hotel-palacio de la calle de Fortuny. Una sala cuadrada abierta al fondo por un intercolumnio, que comunica con una rotonda de cristales que da á un jardín de invierno. En esta sala, suntuosamente, decorada están expuestos los regalos de boda—alhajas, toilettes, etcétera, etc.—de Anita Alvarez, hija del opulento banquero Don Porfirio Alvarez.

A la derecha, en el centro, puerta grande que da á un corredor: á la izquierda dos puertas que comunican con habitaciones interiores. Entre estas dos puertas un magnífico tocador Luis XV con todo el servicio de plata repujada. En los entrepaños del fondo y en las dos laterales de la izquierda, primero y segundo término, maniqués con trajes de soirées, de paseo, de calle; capas, abrigos, sombreros, etc., etc... En el centro de la escena, una artística vitrina, cerrada, donde están expuestas las alhajas. A derecha é izquierda de la vitrina, dos mesitas iguales, más bajas, con diversos objetos. Detrás de la vitrina, entre ésta y la columnata del fondo, un maniquí con el traje de novia, de larga cola extendida hacia el fondo. Toda la escena estará fantásticamente iluminada y llena de flores.

ESCENA PRIMERA

La DONCELLA, y luego el CRIADO.

Al levantarse el telón, la Doncella, una muchacha linda, pizpireta y muy bien ataviada, toca las telas y trajes expuestos, dándonos el punto de gracia. A poco aparece por la derecha el Criado, de flamante librea.

Criado. ¿Aún estás lo mismo? Si te dejaran, no acabarías nunca de tocar y tirar y poner alfile-

res!... ¡Bueno está ya! . . ¡Si no eres tú la que te casas, ni han de ser para ti los elogios y las enhorabuena!

Donce. ¡Qué tiene que ver!... Es que á mí me gusta que las cosas luzcan lo que debe de lucirl (*Retirándose al centro y observando.*) Ahora ya está bien... Desde anoche hemos trabajado de lo lindo; ¡pero hay que ver cómo ha quedado esto!... Seguramente no se ha presentado en Madrid un *trousseau* más rico, ni más elegante, ni con mejor gusto.

Criado Para mí, todos los trapos están de más - y eso que valen lo suyo—. A mí lo que me tienta es lo que hay ahí encerrao. (*Señalando á la vitrina.*) Y, desengáñate, lo que viene á ver hoy la gente que esperamos son las alhajas... Y por las alhajas es por lo que han puesto llaves inglesas en los muebles, y por lo que han hecho venir policías al hotel.

Donce. Pero ¿han puesto guardias?

Criado ¡Guardias!... Mientras dure la exposición de los regalos, hay guardias en la casa para vigilar.

Donce. ¡Qué rarezas tiene el señor!...

Criado Y además, entre las visitas vendrán unos señores de la policía, como los detectives de las novelas policíacas, que cuentan lo que pasa por el extranjero .. ¿Tú no conoces al señor Revilla?... Ese caballero joven, amigo del señor y del señor duque, que ha estado algunas veces aquí y que vino esta mañana, cuando estaban colocando las joyas en la vitrina... Ese es director de una agencia policíaca.

Donce. ¿De veras? ¡Yo le había tomado por un señorito!

Criado ¡Y lo es!

Donce. Pero ¿tanto temen á los ladrones?

Criado ¡Y es para temerles! ¿Tú no has leído las aventuras de don Arsenio Lupín?... La señorita las tiene en su biblioteca; léelas... Todo lo que cuentan allí es verdad... Verás salir ladrones de debajo del parquet, de detrás de las cortinas, de la caja de un reloj, y, sobre todo, de las chimeneas. Por eso han inventado los radiadores, porque con las chimeneas no había casa segura.

Donce. Entonces como en los cuentos de brujas.
Criado ¡Peor!... Porque las brujas no son verdad y los ladrones, sí.

ESCENA II

Por la derecha llegan Anita y Don Porfirio. Anita viste un rico y elegantísimo traje de tarde. Don Porfirio, de chaquet. Ambos tienen en el hablar un cierto dejo americano, mucho más marcado en el padre que en la hija. El Criado, al entrar los señores, hace una profunda inclinación y sale por la derecha; la Doncella se retira á un extremo de la escena.

Ani. ¡Mira, papá!... ¡Ha quedado todo preciosos!
Porf. ¡Ciertamente, muy lindo!
Ani. ¿Te gusta?
Porf. ¿Cómo no?
Ani. El traje de novia no le habías visto. Aún no hace una hora que me lo ha enviado la modista.
Porf. (*Examinándolo.*) ¡Es una hechicería!...
Ani. (*A la doncella.*) ¿No llegaron los otros sombreros, Micaela?
Donc. Creo que no, señorita.
Ani. Ve á ver. Y si han llegado, tráetelos aquí. (*La doncella sale por la izquierda, segunda. Anita dice á su padre:*) Te gusta, ¿verdad? Yo había pensado ponerme con él las perlas, que es lo que le va mejor; pero como mi papá, que es tan galante, se lanzó á la heroicidad de regalarme el aderezo de brillantes de casa de Schultze, no tengo más remedio que decirme por los brillantes.
Porf. Verdaderamente ha sido una heroicidad.
Ani. Según me dijo Schultze, ese aderezo es ya famoso: ha recorrido toda España y ha pasado por las manos de todos los grandes joyeros.
Porf. Y nadie se atrevió á meterle el diente... ¿Tú crees que hay alguien más que yo que se atreva á dar tanto dinero por unas alhajas? Es demasiada plata para el estado actual de los negocios.
Ani. Sí, sí: los negocios. Siempre andáis los hombres con los negocios á vueltas. Pues com-

prar brillantes, es un negocio como otro cualquiera.

Porf. Para el joyero, seguramente

Ani. Bueno; pues yo estoy contentísima.

Porf. Y yo también, porque tú lo estás. Ya me queda poco que vivir contigo. Dentro de quince días te irás con tu marido á tu casa, y yo me quedaré solo.

Ani. Eso, no Yo vendré á verte todos los días, y luego tú irás á verme á mí. Yo seguiré gobernando esta casa, y tú continuarás yendo á tu casino y á la Bolsa y á... ¡no te entristezcas!... ¡Además, siempre te quedarán tus negocios, que es lo que más te gusta, y que te distraerán.

Porf. No sé... Tengo inquietud, pena de que te apartes de mí y... algo raro: como un presentimiento desagradable: una corazonada.

Ani. ¡Vamos, papá, por Dios! ¿Te vas á poner terno? ¿Me vas á hacer llorar cuando estoy esperando á mis amigas? Este salón es hoy para mí y para mis amigas. A los hombres no les interesan los trapos. Que nos esperen en el comedor.

Porf. Para mí, la mayor alegría es tu felicidad.

Ani. Entonces prepárate á vivir como unas castañuelas, porque soy felicísima.

Porf. Dios quiera que lo seas siempre como ahora.

Ani. Estoy segura de que ha de ser así.

Abre los brazos y se arroja al cuello de su padre, que la abraza también. En este momento entra la Baronesa.

ESCENA III

DICHOS y la BARONESA

Baro. ¡Escena sentimental de familia! La paternidad amparando á la adolescencia. Lección de moral para las escuelas públicas.

Ani. Tú siempre de tan buen humor. ¿Cómo estás? (*Se besan.*) No te esperaba tan temprano.

Baro. Ha venido conmigo tu novio. He ido yo por él al Club para traerle aquí, que es donde está su obligación.

- Ani.** Y yo te lo agradezco, Chucha.
Baro. ¡No me llames Chucha! Dime Jesusa, ó Salvadora, ó Baronesa ó lo que quieras, pero no me digas Chucha. Hasta ahora me han llamado Chucha; pero me temo que de aquí en adelante comiencen á llamarme el masculino de Chucha, y francamente...
- Porf.** Usted, Baronesa, será siempre joven y guapa.
- Ani.** ¡Qué cosas dices! ¿Y por qué has traído á Carlos?
- Baro.** Sabía que estaba almorzando en el Club, con unos cuantos amigotes; y como yo le tengo tanto miedo á las sobremesas de hombres solos... Pues sí; le tengo miedo á las sobremesas del Club. A ti, como ya eres una mujer semicasada, se te puede decir todo. En esas francache as no se habla más que de las mujeres de los demás.
- Porf.** Por eso mismo, la Baronesa se dedica á desbaratarnos la fiesta, yendo al Club cada lunes y cada martes á por uno de esos amigotes y llevándosele en su coche.
- Baro.** ¡Que es como debe llevarnos el diablo!
- Ani.** ¿Y hablan también de ti?
- Baro.** No; porque lo tienen todo dicho.
- Porf.** Todo lo malo, que lo bueno no se acaba nunca.
- Baro.** Gracias.
Revilla aparece en la puerta de la derecha y parece vacilar un momento. Don Porfirio, que le ve, va hacia él.
- Porf.** Pase usted, amigo Revilla.

ESCENA IV

DICHOS Y REVILLA

- Revi.** (*Saludando.*) Señorita... ¿Cómo está usted, Baronesa?
- Baro.** ¿Qué tal, Revilla? Ya me extrañaba no verle por aquí. Nos conocemos mucho. Revilla es la providencia de toda la gente *bien* de Madrid.

Revi. Yo, señora, no hago más que procurar cumplir con mi deber.

Porf. Esta Baronesa conoce á todo el mundo.

Entran Invitadas 1.^a y 2.^a, y á poco la Duquesa.

Invi. 1.^a (*Dirigiéndose á los regalos sin atender á nadie.*) ¡Precioso, precioso!... ¡Cuánta cosa bonita! (*Anita sale al encuentro de las muchachas.*) ¿Cómo estás, Ana?

Entra por la derecha la Duquesa. Es una señora que debe recordar á las tiples que cantan aquello de «Al espejo al salir me miré», y como ellas debe traer un bastón muleta y unos impertinentes, con los que observa todo y á todos. Entra apoyada en el brazo de un criado de gran librea: Sebastián, el Bufanda. Peina raya en medio y patillas inglesas á medio carrillo.

Duques. (*Desde la puerta.*) Hija mía, Anitaica.

Todos se vuelven hacia la puerta. Anita corre hacia ella, abraza á la Duquesa, su tía, y ésta deja el brazo del criado para tomar el de su sobrina. Sebastián queda al lado de la puerta, en primer término, muy tieso y muy formal, dentro de su magnífica librea. Los invitados rodean á la Duquesa.

ESCENA V

DICHOS, la DUQUESA y SEBASTIÁN

Duques. (*A Anita.*) He venido á hacerte la visita de despedida de soltera, y á ver tus regalos... ¡Hola!... ¿Cómo estás tú, Porfirio?

Porf. Regular. Y usted; ¿cómo va de sus achaques?

Duques. También regular. Bueno: á ver esos regalos, que hace un mes que estoy oyendo hablar de ellos.

Ani. ¡Ya verás, tía!... Ven y verás cuántas cosas bonitas. Tengo tantas alhajas como tú.

Duques. Más. Tendrás muchas más, porque las mías, son para ti también. (*Llamando aparte á la Baronesa que ha estado hablando con Revilla.*) ¿Quién es ese que hablaba contigo?

Baro. Es Manolo Revilla. Un policía ó detective, como ahora les llaman y resulta más chic. Revilla es el amigo de todo Madrid. Es raro que usted no le conozca; porque en una épo-

ca hizo revista de salones en no recuerdo qué periódico. Se lo voy á presentar á usted. Es muy simpático.

Duques. ¿Qué falta me hace á mí conocer á un policía? Yo vengo aquí á veros á vosotros, y á ver esa maravilla de collar que le han regalado á mi sobrina. Dicen que es una magnífica alhaja.

Baro. ¡Ya lo creo! Por eso precisamente hay aquí policía. Porfirio recibió anteayer un anónimo anunciándole que el collar de brillantes que acababa de regalar á su hija, sería robado en su misma casa. el primer día que estuviera expuesto entre los regalos de novia.

Duques. ¿Pero eso es posible?

Baro. Pregúntaselo al mismo Porfirio.

Ani. Sí, tía; es verdad. La carta, no la recibió papá por el correo como las otras: se la entregaron en el Senado, y habiendo sido llevada por un botones del Club, al cual se la había entregado un hombre de bufanda y boina, que le dijo: «Esta carta, muy urgente, para don Porfirio Alvarez.» El criado, creyendo que de verdad sería algo muy interesante, se la llevó á papá al Senado.

Duques. ¡Es curiosísimol... Pero ¿no será una broma?

Baro. ¡Valiente broma!... ¿Comprende usted ahora por qué tenemos aquí á la policía? Hay que esperar al ladrón al lado mismo de la vitrina; y esa es la misión que tiene Revilla en esta casa.

Porf. ¡Además vendrá el delegado señor Santonja!
Baro. (Llamando.) ¡Revilla! (Haciendo la presentación.) Manolo Revilla... La Duquesa del Pozo.

Revi. La conozco mucho. Todo Madrid la conoce por su nombre ilustre, por sus bondades y por su ingenio. (Le besa la mano.)

Duques. Pobre de mí: no me queda ya humor para nada. Me ha dicho la Baronesa que es usted policía.

Revi. Sí, señora; lo soy.

Duques. En mi tiempo, los de la policía eran unos hombres muy bastos, con unos sombreros muy grandes, un bastón muy grande y unos bigotes muy grandes.

Revi. Antes, sí, señora. Y ahora también hay esa

clase de policías. Son indispensables. Pero hay también otra clase, á la que yo pertenezco.

Duques.

¿Pues cómo?

Revi.

Sí, señora. El robo y el hurto, ya no son sólo delitos que pena el código y repugnan á la gente honrada. Son también oficios que ocupan á mucha gente; ó mejor, una serie de oficios derivados del arte de apoderarse de lo ajeno. Los que vigilan á la sociedad, no tienen medio de luchar contra el derroche de ingenio, de finura, de sutileza y de habilidad que se ha llegado á poner al servicio del robo. Era preciso oponer al oficio de ladrón el oficio de perseguirles; al arte del robo, el arte de descubrirlo; y á la afición á lo ajeno, la afición y el gusto de los que nos dedicamos á defenderlo. Había artistas para robar: pues hagamos artistas para cazarlos.

Duques.

Yo creí que eso no existía más que en las películas y en las novelas.

Revi.

Y en la vida real también, señora. Las costumbres modernas han impuesto la necesidad del *detectivesmo*, del agente de información que ayude á las gentes honradas á la guarda de lo suyo.

Duques.

Le advierto á usted, que yo me apasiono siempre por los ladrones. En la lucha entre el criminal y su perseguidor, como no sea un asesino ó uno que pegue á las mujeres, yo me pongo siempre de parte del criminal.

Baro.

A mí, me sucede lo mismo.

Duques.

¿Y usted ha venido hoy aquí, para evitar que uno de esos ladrones tan astutos, pueda robarle el collar á mi sobrina?

Revi.

Precisamente: el señor Alvarez me buscó, presentamos la oportuna denuncia acompañada del anónimo, y don Porfirio me ha hecho su pupilo, su invitado permanente, mientras el collar esté encerrado en la vitrina.

Duques.

¡Dichoso collar! á cuántas preocupaciones y preocupaciones obliga.

Baro.

Díganos usted, Revilla. ¿Es cierto que han detenido á un ladrón misterioso?

Revi.

¿Al hombre de la bufanda? Aún no sabemos á qué atenernos. Hace unos días, se detuvo á

un pobre hombre... un vagabundo, sobre el cual pretendieron hacer recaer toda una serie de crímenes y atentados. Ese infeliz, pudo probar su inocencia, demostrando que en las fechas en que se cometieron los robos que se le imputaban se hallaba él muy lejos de Madrid. Fué puesto en libertad; y aquí entra lo verdaderamente curioso. Al realizar ciertas investigaciones comenzaron á adquirir detalles que les han llevado á la creencia de que ese individuo, al hacer sus denuncias á la policia, lo que pretendió fué despistarnos. Se le ha detenido, se ha hecho una nueva información, y por algunos datos, lo mas probable es que se trate de uno de estos perturbados que les da la manía por el detectivismo, para hacer la competencia á los profesionales. ¡Hay tantos locos que andan sueltos!...

Duques. ¡Cuántas historias curiosas sabrá usted!

Revi. Muchas, señora.

Duques. En fin, vamos á ver esa maravilla, no sea que á pesar de estar aquí este señor, se realicen las amenazas del anónimo y me quede yo sin verla... ¡A ver, Porfirio, enséñame esa alhaja!

Don Porfirio va á la vitrina; busca en un llavero la llavecita y abre. Saca el collar y lo presenta á la Duquesa y á los invitados, que se admiran.

Duques. ¡Es divino! ¡El más bonito que yo he visto!

Baro. ¡Envidiable, hija, envidiable!

Una. ¡Es un regalo regio!

Otra. ¡Yo nunca vi una alhaja semejante!

Ani. Es lo único que hay que ver en mi *trousseau*.

Una. Eso, no; es todo precioso.

Otra. ¡Elegantísimo!

Baro. Y muy caro.

Porf. Bueno. Vamos á guardar ya la joya. Estoy verdaderamente intrigado. No dejo ni un momento de pensar en la predicción del anónimo. (*Guarda el collar.*)

Sauton. (*Apareciendo por la derecha.*) ¡No se preocupe usted de eso, don Porfirio! ¡Ya estoy yo aquí!

Porf. (*Saludándole.*) ¡Señor Del gado!

- Baro.** (*Se oye la música de un sexteto.*) Ya nos llaman en otro lado. Basta de alhajas y de trajes.
- Ani.** (*A la Duquesa.*) ¿Nos compañía usted á tomar una taza de té?
- Duques.** El te para vosotros que reproducís en vuestras casas las farsas que os representan en las comedias. Yo tomaré una jicara de chocolate con mojiçón.
- Ani.** Lo que tú quieras, tía.
- Porf.** ¡Vamos!... (*Todos van saliendo por la derecha. Don Porfirio se acerca á Revilla.*) ¿No viene usted, Revilla?
- Revi.** Yo espero aquí, á pie firme. ¡Hoy es el día del anónimo: el día fatal! ¡Hay que estar muy alerta! (*á Santonja.*) Usted váyase al salón, señor Santonja.
- Porf.** Entonces, diré que le sirvan á usted aquí mismo.
- Revi.** Gracias.
- Queda solo Revilla, que inspecciona la escena rápidamente. Va á las puertas y escucha: se acerca á la galería de cristales y mira al jardín. Vuelve al centro de la escena y aguarda. Por la segunda izquierda entra la doncella con unas cajas de sombreros.

ESCENA VI

REVILLA y la DONCELLA

- Donc.** (*Sorprendida.*) Perdone usted, creí que no había nadie.
- Revi.** Como si no hubiera nadie.
- Donc.** La señorita me mandó traer estas cajas cuando llegaran, y como había tanta gente, aguardé á que se fueran. (*Abre las cajas y coloca los sombreros, ó lo que sea*) ¿Va usted á subir á su habitación? El señor ha dispuesto que se prepare para usted la que está á la entrada del corredor, conforme se sube la escalera, á mano derecha. Si desea usted subir, yo le acompañaré.
- Revi.** Gracias.
- Donc.** Entonces, si usted no manda nada, me voy. Los criados, también tomamos el té.

- Revi.** Oiga usted, Micaela... Usted que lleva algunos años en la casa y conoce bien á sus compañeros, sospecha usted de algunos?
- Donce.** No, señor. Estoy tan segura de todos ellos como de mí misma.
- Revi.** ¿Y los que han venido para la fiesta de hoy?
- Donce.** De esos, no puedo decirle á usted nada.
- Revi.** ¿Cuántos son?
- Donce.** Tres que han venido del Ritz, y dos nuevos que ha tomado á su servicio el novio de la señorita para la nueva casa.
- Revi.** ¿Conoce usted á alguno de ellos?
- Donce.** A ninguno. Pero, me ha parecido buena gente.
- Revi.** Está bien, Micaela.
- Donce.** ¿Manda usted algo?
- Revi.** Nada, gracias. Por mi parte puede usted irse á tomar el te tranquilamente. (*La doncella va hacia la puerta de la derecha. Cuando va á desaparecer, Revilla la llama, y ella se detiene.*) ¡Micaela!... Una última pregunta ¿Queda alguien en estas habitaciones de la izquierda?
- Donce.** No, señor; nadie.
- Revi.** ¿Las ventanas que dan al jardín están cerradas?
- Donce.** Yo misma he cerrado los cristales y las maderas, después de correr las persianas.
- Revi.** Si alguien quisiera entrar en una de estas habitaciones, ¿tendría que pasar forzosamente por aquí?
- Donce.** Forzosamente, no, señor. También se puede entrar, atravesando el gran salón, la sala, la galería y la biblioteca... ¡Pero, ahora, el salón está lleno de gente!... ¡Ah! Se podría llegar á esas habitaciones desde el piso de arriba.. Por esa escalerita de madera, que une la biblioteca con las habitaciones del señor... Esa es una escalera reservada, que no utiliza nadie más que algunas veces los señores. Sería preciso conocer muy bien la casa para saber que existe, y para dar con ella.
- Revi.** Arriba ¿ha quedado alguien?
- Donce.** No, señor. Todos estamos aquí abajo.
- Revi.** Gracias, Micaela. Ya no la entretengo á usted más

Donce. Para servirle.

Sale. Revilla, va á la misma puerta, se asoma, y escucha.

Revi. Nadie... Los invitados charlan mientras comen y beben, y ninguno se acordará ahora mismo de que hay ladrones por el mundo. (*Señalando á la izquierda.*)

Por la derecha, con su librea como antes, y trayendo una gran bandeja con servicio de te, pastas, etc., entra Sebastián.

ESCENA VII

REVILLA, SEBASTIÁN, y á su tiempo la DONCELLA.

Sebas. (*Entrando.*) Creí que no me dejaban venir.

Revi. ¿Ha pasado algo?

Sebas. Nada. La Duquesa que me cogió por cuenta suya y no había medio de que me soltara.

Revi. No conviene tener tanto partido.

Sebas. Bueno. ¿Dónde dejo esto, que pesa lo suyo?

Revi. Aquí, en esta mesita.

Retira alguno de los objetos que hay en una de las mesas. Sebastián deja la bandeja. Mientras Revilla vigila, Sebastián le echa en el te el narcótico. Revilla se sienta, toma el te, y casi en el acto comienza á sentir los efectos. Queda aletargado. Sebastián apaga las luces después de ver que Revilla se sienta y se va quedando aletargado.

Doncella. (*Que entra con una linterna.*) Ha llegado mucha más gente, y como si fuera una consigna, todo el que entra, antes de decir buenas tardes, pregunta por el collar de marras. Conque ¡á lo que estamos, tuerta!

Sebas. ¡Alma, que nadie nos corre. (*Se oye de nuevo la música*) ¿Tendré suerte? Van á amenizarme el trabajo con una melopea, como en el Circo... Ahora se pondrán todos á bailar. El día en que la gente se entere de que es más fácil cargar con la caja de la Equitativa, que comer pan duro, nos hemos fastidiado... Gracias á que con las películas y con esos novelones que se escriben por ahí afuera, creen que para llevarse algo de cualquier parte, es preciso vestirse de bailarina, como Fantomas, ó tener una escuadra de submarinos y de di-

rigibles... ¡Si esto es más fácil que escribir pliegos pa el Juzgado! La llave de la vitrina la tiraremos al jardín, para que den con ella. El frasquito guárdalo. Ahora, largo. ¡Se van á llevar el gran susto! ¡Es lástima estropearles el baile! Buena suerte, y hasta luego.

La doncella vase por donde salió y Sebastián por la derecha, después de dar luz.

Santon.

(Que entra á poco con una servivleta al cuello y un pastel en la mano.) ¿Pero quién habrá hecho estos pasteles tan exquisitos?... ¿Qué tal, Revilla?... ¿Cómo va eso?... ¡Durmiendo! ¡He aquí al detective moderno!... ¡Revilla!... ¿Qué habrá bebido este hombre? *(Obscuro total en el escenario. Santonja grita.)* ¡Pérez!... *(Dentro se oyen gritos, llamadas á los criados, y la natural baraunda al quedar la casa totalmente á oscuras. Luego se oyen las voces de.)*

Invi 1.^a

(Dentro.) ¿Qué ha sido esto?

Baron.

(Dentro.) ¿Qué ha pasado?

Porf.

¡Luces! ¡Luces!

Invi 2.^a

¡Se ha fundido la instalación!

Porf.

(Gritando dentro.) ¡Revilla!... ¡Revilla!... ¡A ver! ¡Aquí! ¡Traer luces!... *(Sale un criado con un candelabro. Don Porfirio entra en escena, y sin hacer caso de Santonja, va hacia Revilla, se inclina para observarle al tiempo que le grita.)* ¡Revilla!... ¡Revilla!... *(Salen los invitados y todos los personajes, y don Porfirio, dándose cuenta de lo que ha ocurrido, dice:)* ¡Han robado el collar!

Anita.

(Que llega llevando del brazo á la Duquesa.) ¿Lo han robado? *(Llora.)*

Varios.

¡Robado!...

Santon.

La vidriera de la galería está abierta... Es preciso impedir que salga nadie de la casa.

Duque.

(A Anita.) No llores, hija mía. ¡Si no rescatamos el collar, yo te regalo otro!

Santon.

¡Hay que avisar á la policía!

Porf.

Es inútil; los ladrones estarán ya lejos. ¡Han cumplido su promesa!

TELON

ACTO III

La joyería de Schultze. La escena dividida en dos partes:

A la derecha, el taller; á la izquierda, el despacho. En éste, á la derecha, en primer término, el escaparate: en segundo término, la puerta que da á la calle, con cierre metálico. A la izquierda, al fondo, puerta que comunica con el taller. Desde esta puerta hasta el primer término, adosada á la pared, una anaquelera, y delante de ella un mostrador de cristal. Entre el escaparate y la puerta de entrada, una vitrina, y otra igual en el fondo. En el taller, al fondo izquierda, puerta que da al portal; á la derecha una escalera de caracol que sube al entresuelo; entre la puerta y la escalera, una vitrina. A la izquierda, contra el tabique que divide la escena, dos mesas de trabajo; á la derecha, en primer término, una mesa de despacho americana; en segundo término una gran caja de hierro donde se guardan las joyas, la pedrería y los metales. En las dos divisiones de la escena, mesas y taburetes. En el taller próximo á la mesa de despacho, teléfono, y en lo alto del muro un timbre y dos lámparas eléctricas, una roja y otra verde. El acto empieza después de las diez de la noche, cuando está cerrada la joyería y la puerta de la casa.

Al levantarse el telón el despacho está obscuro: en el taller, sobre una de las mesas de trabajo, luce, muy baja, una lámpara eléctrica.

ESCENA PRIMERA

SCHULTZE y SEBASTIÁN.

El primero, en la mesa iluminada, trabaja desmontando los brillantes del collar. Sebastián, que viste un traje corriente de americana, pasea impaciente por la escena, se sienta luego, vuelve á pasear, va á la mesa, se para al pie de la escalera y escucha.

Al comenzar la escena hay un silencio prolongado durante unos instantes. Luego Schultze, que ha terminado su faena, muestra en alto, cogida de un extremo, la montura ó engarce del collar, del cual se han desmontado todas las piedras.

Schul. Ya está.

Sebas. (*Coge la armadura.*) Está bien hecha esta montura.

Schul. Es una obra de arte.

Sebas. El collar era una verdadera joya... Lástima que haya habido que desengarzarlo.

Schul. Sí, es una lástima; porque teniendo que vender las piedras sueltas, se pierden ocho ó diez mil duros. El engarce les daba mucha vista, á más de lo que importa la mano de obra, que acabamos de desbaratar, y que es un pico; este trabajo no saben hacerlo por aquí, porque no hay quien lo pague... Pero, en fin, de todos modos, los brillantes dondequiera que se ofrezcan valen treinta mil duros.

Sebas. Ya veremos... Yo me daré por muy contento si nos repartimos á cinco mil duros por barba... ¡Total ná!... Porque todo lo que no sea dar un golpe de los sesenta á los setenta mil pa arriba, es perder la salú... Tos estos son negocios pequeños: menudencias, en las que se arriesga mucho y se gana poco. Hay que emprender los asuntos en grande..., como el del Cantinero. Eso ya está bien. Con un saldo así ya podría uno tomar un simón, y muy al paso, recorrer varias calles de las del ensanche hasta echarle el ojo á un inmueble, de esos que el día cinco de cada mes, toma escaleras arriba el portero con unos cachos de papel y baja al poco rato, con un infolio de billetes que quita la cabeza.

Schul. Te veo por mal camino.

Sebas. ¿Por qué?

Schul. Porque esas aspiraciones son burguesas.

Sebas. Serán los que usted quiera; pero, vamos, que si á usted le regalaran el Fénix, no le pondría pero...

Schul. Ni pira.

Sebas. El caso es, que lleva uno trabajando una pila de años, expuesto tos los días á que le recojan el pase de libre circulación y lo enchiqueren,

y total... lo comido por lo servido. El único que ha logrado afincarse es ustez.

Schul. Porque yo ni tengo el vicio del juego que tú tienes, ni hago lo que Revilla, que le ha puesto piso á media docena de rapazas.

Sebas. Raposas, querrá ustez decir. Esas son las que tienen la culpa de que él ande con la cabeza perdida y no atienda al negocio.

Schul. Apostaría á que ahora mismo está en casa de alguna.

Sebas. Ahora no. Al no haber venido, es que sigue allí, porque conviene.. El lance de hoy es de mucho cuidao pa Revilla. Había mucha gente, y gente muy gorda en casa de don Porfirio... Además, que puede que toavía esté durmiendo... Yo, por mí, nunca echaría mano de esos recursos.

Schul. Es que en este caso no había otro.

Sebas. ¿Y quién le garantiza á ustez de los efectos de esa droga? Porque una vez perdió el conocimiento, no sabe uno lo que hace; y si le da á uno por hablar y contarle tóo...

Schul. Con eso, no; si fuera cloroformo...

Sebas. Y además, que tiene la contra que, mientras que está uno aletargao, no ve, ni se entera de lo que hacen los otros, ni de las sospechas que se les ocurre... y, vamos, que bien pudiera darse el caso de que al despertar se encontrara uno en el Gólgota..., quiero decir en el Juzgao: con un alguacil á la derecha y un escribano á la izquierda.

Schul. Si la policia tuviera pesqui... pero de eso vivimos, de que no lo tiene.

Sebas. Alguos, sí.. Ese compañero de Revilla, el Aguirre, es de cuidao... Si ese mete baza en el juego, nos hace las diez de última. Aguirre es de los nuevos, de los que saben matemáticas y medicina, y hasta la química. Y le coge á uno la mano y le acierta hasta el nombre del cura que le echó el bautismo. Echando las cartas se haría rico.

En este instante se enciende la lámpara roja que hay en lo alto del muro, y con un sonido sordo como el de un tambor, comienza á tocar el timbre al mismo tiempo.

Schul. ¡Ahí le tenemos!

Sebas. Algo pasa, cuando él, que es tan confiado, no entra por el portal y da la vuelta hasta la otra calle para meterse por la medianería.

Schul. (*Va á la caja de hierro y la abre. Se detiene y volviéndose á Sebastián, le pregunta*): ¿No podrá ser nadie más que él?

Sebas. ¿Quién ha de ser? Esa entrada no la conoce nadie más que nosotros.

Schultze mete el brazo en la caja y se supone que toca un timbre. Deja de lucir la lámpara y de sonar el tamborcillo. Aparece Revilla enfundado en un amplio gabán.

ESCENA II

DICHOS y REVILLA

Sebas. ¿Qué pasa?

Revi. Ahora mismo, no lo sé: quizás nada bueno. He venido á saber lo que habiais hecho y á marcharme inmediatamente á la Jefatura. Es necesario, es indispensable que yo esté allí, no sólo para saber lo que se hace y el camino que toman, sino para mostrar mi interés en este asunto. Desde casa de don Porfirio, se le ha telefoneado á Aguirre, y es muy probable que le encomienden á él el asunto.

Sebas. ¿Por qué has hecho eso?

Revi. Porque creo que es mejor buscar de frente al enemigo, que dejar que lo siga á uno en la sombra. Es la manera de que sepamos paso á paso, cuanto él haga. (*A Schultze.*) De usted hace tiempo que sospecha; y si lo encargan del asunto, procurará complicarle en él. ¡Andese usted con tiento! (*A Sebastián.*) Tú, ¿cómo escapaste? Puedes suponer que ya te andan buscando. Al detener á todos los criados, el único que faltaba eras tú.

Sebas. ¡Naturalmente!... Yo escapé como un lobo. Subí al segundo piso, y como no podía salir á la calle de librea, entré en el guardarropa de don Porfirio y me equipé. Salí de allí, y al atravesar la alcoba le dejé al señor Alvarez, encima de la mesa de noche, el tarro del narcótico.

- Revi.** Es verdad. Allí lo han encontrado.
- Sebas.** Yo me dije: Puede ser que con el disgusto pierda el sueño; pues haz bien y no mires á quién... Desde la alcoba fui á buscar la escalera de servicio, para bajar al segundo patio, que es por donde entran los cables. Como yo me llevaba bien estudiado el terreno, y sabía además, que de los criados de la casa, los que no andaban por los salones ó en el comedor, estaban de cuchipanda en la cocina, tranquilamente llegué al patio, corté los cables, seguí por el corredor que va á las cocheras, de allí al jardín, y á la calle!... Si en lugar de marcharme, que es lo que atrae sobre mi todas las sospechas, me vuelvo al comedor y me reuno á los demás compañeros, nadie hubiera podido recelar de mí.. Y tú, ¿qué? ¿Fué bueno ó malo el despertar?
- Revi.** Muy molesto. Nunca más emplearemos ese recurso.
- Sebas.** Lo que yo he dicho.
- Revi.** Durante mi letargo, habían telefoneado á la Jefatura, al Juzgado, al Gobierno civil... todo el mundo está en revolución, y á estas horas no se habla más que del robo de la calle de Fortuny. Algunos periódicos han alcanzado la información. Aquí lo que procede, es que cada uno tiremos por nuestro lado y que no nos volvamos á ver en veinte días. (*A Schultze.*) ¿Está hecho eso?
- Schul.** Hecho. Ahí están los brillantes.
- Revi.** ¿A usted le conviene quedarse con ellos.
- Schul.** A mí, ahora no. Podría dar muy poco por ellos
- Sebas.** Como siempre.
- Revi.** Pues vengan. Aguardaremos unos días, á ver qué pasa; después allá veremos adónde conviene ir con ellos.
- Schul.** ¿Cómo vais á llevarlos?
- Sebas.** En la petaca como Raffles... ó en el quemador de esta cachimba. (*Saca una gran pipa.*)
- Schul.** Tengo yo algo mejor. (*Saca de la caja un reloj antiguo*) Esto... A uno de aquellos antiguos Roskof, muy panzudos, le he quitado la maquinaria completa, y en el lugar de la esfera, le he adosado un reloj extraplano...

Mírelo... Da la hora, y aquí en esta barriga cabe un equipaje.

Sebas. ¡Está al pelot... Algo bueno había usted de pensar en su vida

Revi. ¿Cabén todos los brillantes?

Schul. Todos, no.

Revi. Coloque los que quepan, para que se los lleve ése; los restantes démelos usted á mí, que estarán más seguros en mi casa. (*Lo hacen así.*)

Schul. ¿Me ha traído usted la carta?

Revi. Es verdad. (*Sacándola del bolsillo y entregándosela.*) Aquí la tiene usted. En su mismo papel y escrita con una máquina idéntica á la suya.

Schul. (*Que la ha examinado.*) ¡Está admirablemente bien!

La guarda en un bolsillo de la americana. Suenan unos golpes en la puerta metálica de la izquierda.

Revi. ¡Ellos deben de ser! (*Va á la puerta y escucha. Desde allí hace señas á Schultze de que se acerque.*) Conteste usted. (*Vuelven á llamar.*)

Schul. ¿Pero quién es? ¡Qué horas son estas de llamar á un establecimiento!

Santon. (*Dentro.*) ¡Abran en seguida!

Revi. ¡No podía ser otro!... La idea de llamar ahí, no podía ocurrírsele á nadie más que á él.

Sebas. (*Riendo.*) Es mi amigo el señor Santonja: el que me regaló el reloj.

Schul. Por aquí no se puede abrir ahora.. Entren por el portal... Llame al sereno.

Revi. (*A Sebastián.*) ¡Vamos!.. Vamos antes que puedan vigilar la puerta del entresuelo y no podamos subir á la guardilla.. Arriba pensamos lo que se ha de hacer.

Sant. (*Dentro.*) ¡Sereno!

Sebas. ¡Qué atrocidad!

Revi. ¡Andal

Ambos desaparecen por la escalera. Schulze ve encima de la mesa de trabajo la montura del collar; la coge y se la mete en el bolsillo. Cierra la caja, abre la puerta del fondo y aguarda en ella, como cerrando el paso. Aparecen Santonja, Pérez y Medinilla, acompañados del Sereno.

ESCENA III

SCHULTZE, SANTONJA, PÉREZ, MEDINILLA y el SERENO

- Schul.** ¿Qué desean á estas horas?
- Sereno.** El señor es Delegado... (*Vase.*)
- Schul.** ¿Delegado, de qué?
- Sant.** ¡Delegado de policía, señor mío!
- Schul.** No le extrañe á usted mi pregunta, porque no puedo suponer con qué motivo ..
- Sant.** ¡Cómo con qué motivo!..
- Schul.** ¡Naturalmente!... ¿Me quiere usted decir?
- Sant.** ¡Silencio!... ¡Pase usted, Pérez!
- Schul.** ¡No!... ¡Aquí no entra nadie!
- Sant.** (*Presentándole su bastón.*) ¡Señor Schultze!
- ¿Pero es que usted no lee la prensa?
- Schul.** ¡No; señor!
- Sant.** ¡Hombre .. ¡Es curioso!... ¡Un individuo que no lee la prensa!
- Schul.** No, señor; no.
- Sant.** ¡Entonces no puede usted saber lo ocurrido!
- Schul.** ¿Dónde?
- Sant.** ¡Pase usted, Pérez! (*Schultze deja pasar á Pérez.*)
- Schul.** Usted dirá.
- Sant.** Esta tarde, en el palacio de don Porfirio Alvarez, y en plena fiesta, ha sido robado el collar de brillantes que usted le vendió hace unos días.
- Schul.** ¡Qué dice usted!
- Sant.** ¡Lo que oye! Lea usted la prensa! ¿Tiene usted ahí el *Heraldo*, Pérez.
- Pérez.** No, señor.
- Sant.** (*Indignado.*) ¿Usted tampoco lee la prensa, Pérez?
- Schul.** ¡Y han robado el collar!
- Sant.** ¡Entero!
- Schul.** ¡Pero esto es inaudito! En Madrid no se puede vivir, no hay seguridad! ..
- Sant.** ¡Poco á poco! En cuanto á eso de la seguridad, habría mucho que discutir.
- Schul.** ¿Quiére usted decirme á qué se debe su visita?

- Sant.** Se debe á que para emprender nuestras investigaciones con la mayor eficacia, nos sería muy conveniente conocer la joya robada, y como usted tendrá, seguramente, facsimil ó fotografías..
- Schul.** Facsimil, no; fotografías si puedo dar á usted. (*Saca de la carpeta de la mesa una fotografía que entrega á Santonja.*) A la vuelta, están anotados todos los detalles: calibre, matiz, y peso de cada una de las piedras.
- Sant.** ¡Era realmente una alhaja
- Schul.** ¡Extraordinaria!
- Sant.** Dígame. ¿Usted me autoriza para reproducir esta fotografía y publicarla en algunos periódicos ilustrados?
- Schul.** No tengo inconveniente.
- Sant.** ¿Tiene usted alguna otra prueba?
- Schul.** Sí.
- Sant.** ¿Y usted me va á dar su palabra de no facilitársela ni á reporters, ni á ningún otro compañero... á nadie, ¿verdad?
- Schul.** ¡Si tiene usted interés en ello!... Yo lo único que desearía es que pareciese el collar.
- Sant.** ¡Naturalmente! Eso es aparte .. ¿Me da usted un papel blanco? (*Schultze, se lo da. Santonja envuelve en él la fotografía y dice á Pérez con voz de mando:* ¡Pérez!... Ahora mismo toma usted un tres y se va á Serrano, á A B C. Que hagan delante de usted la reproducción y recoja el original. Pregunta usted si está don Torcuato y le dice que va de mi parte. Luego coge usted un once y se va usted al Gran Teatro, donde ponen una cinta que le conviene á usted ver: Sherlok Holmes, contra Jhon Raffles.. (*Pérez saluda y vase.*) ¿Usted tiene sospechas de alguien?
- Schul.** ¡Yol... Hace quince días que el collar salió de mi casa. (*Fuera, en el portal, se oye la voz de Aguirre*)
- Agui.** (*Dentro imperiosamente.*) Usted, arriba en la escalera, guarde la puerta del entresuelo... Usted, la puerta de la calle...

Entra Aguirre. Este al ver á su compañero le mira sorprendido y con una expresión de rabia y un gesto de desprecio, lo aparta y entra. Detrás de éste vieden dos agentes.

ESCENA IV

SCHULTZE, AGUIRRE, SANTONJA, MEDINILLA
y dos AGENTES.

- Sant.** (*A Aguirre.*) ¿Cómo es eso, usted por aquí?
- Agui.** (*Agresivo.*) ¿Y usted que hace? ¡El jefe acaba de encomendarme á mi este servicio!
- Sant.** ¿De veras? Pues buen provecho le haga, señor Aguirre. Celebraré que alcance usted un éxito satisfactorio que le ayude á conquistar la reputacion que otros tenemos ya de antigua acreditada. (*Sin mirar á Aguirre se acerca á Schultze y con una sonrisa de amabilidad le tiende la mano.*) ¡Amigo Schultze! Hace mutis por el foro, seguido de Medinilla. Aguirre ha encendido todas las luces del taller y del despacho.

ESCENA V

AGUIRRE SCHULTZE Y LOS DOS AGENTES

- Agui.** Perdone usted, señor Schultze... La presencia del señor Delegado me hace suponer que ya conoce usted, en todos sus detalles, lo ocurrido en la casa del señor Alvarez.
- Schul.** En efecto: por él lo he sabido.
- Agui.** Entonces, podemos abordar decididamente el asunto. . . ¿Me permite usted que dé un recado por teléfono?
- Schul.** Está usted en su casa.
- Agui.** Gracias. (*Llama al teléfono. Suena el timbre.*) ¡Central! ¿La señorita de servicio en el quinto cuadro? (*Pausa.*) Sí, Aguirre. ¿Quiere ponerme en comunicación con el número que le indiqué?... Eso es. Gracias. (*Suena de nuevo el timbre.*) Sí. Aquí, Aguirre... Tome usted el auto y venga al momento. (*A Schultze.*) Según mis informes, el señor Alvarez, al mismo tiempo que el collar

de brillantes, compró á usted una magnífica vitrina que usted tenía ahí en el despacho.

Schul. Es cierto.

Agui. La vitrina, como casi todos los muebles de esa clase, tiene una cerradura inglesa que es única; un modelo construido expresamente para el mueble.

Schul. Es lo probable.

Agui. Esas cerraduras tienen siempre dos llaves, que entregarían á usted al comprar la vitrina.

Schul. Sí, señor.

Agui. ¿Y cómo es que usted, al revender el mueble al señor Alvarez, no le entregó más que una?

Schul. Señor Aguirre... si yo tratara de rehuir esta explicación, podría dar á usted unas razones tan lógicas, que aun siendo falsas, tendría usted que conformarse con ellas.

Agui. ¡O no!...

Schul. ¡Sí!... Porque alrededor de ese mueble, puedo yo edificar una historia... ó varias historias. Pero no me hace falta. Contra toda su prevención y mala voluntad para mí, tengo yo un arma poderosísima: la de la verdad; la realidad, que no engaña

Agui. A ella me atengo. Y he aquí la realidad. Usted entregó al señor Alvarez una llave, que es ésta. (*Enseñándola.*) La otra, que también debió usted entregar, pero que quedó en su poder, y es con la que se ha abierto la vitrina, es esta otra, que yo he encontrado en el jardín del hotel. (*Muestra las dos llaves*)

Schul. ¡Es curioso!... ¡De verdad muy curioso!... No, no se sonría usted maliciosamente: mi asombro es sincero... Vea usted si tengo razón para ello. (*Saca un manojo de llaves del cajón.*) Aquí, seguramente, encontrará usted otra llave igual á esas que tiene usted en sus manos. En ese llavero he reunido el duplicado de todas las llaves de mi casa: la de la vitrina robada, las de esas dos vitrinas del despacho, la del escaparate, las dos de la anaquelaría, la de la caja y la de este mueble americano. Usted insistirá en preguntarme por qué no entregué las dos llaves á don Porfirio .. No lo sé... Pero el hablar de ello

me parece ridículo... ¿Usted puede creer que para apoderarse de un objeto basta con poseer la llave de la caja ó armario ó vitrina donde esté encerrado?... Por mi parte, yo no tendría el menor escrúpulo en entregarle las llaves de mi caja al criminal más peligroso.

Agui. ¡No está mal!... Realmente tiene usted razón. . ¿Querría usted repetirme eso mismo en mi despacho de la Jefatura? (*Bocina de automóvil*)

Schul ¿Por qué no?

Agui Entonces... Pero, si aguardamos un momento, iremos con más comodidad. (*Escucha.*) Ya está ahí. (*Va á la puerta del foro y á poco aparece en ella don Porfirio.*) Pase usted.

Schul. ¡Don Porfirio!

Porf. ¡Buenas noches!

Agui. El señor Schultze acaba de darme una explicación muy racional y que aclara todas nuestras dudas. ¿Será usted tan amable que nos conduzca en su automóvil?...

Porf. Con mucho gusto.

Agui. (*A Schultze.*) ¿Vamos?

Schul. ¿Usted me permite que suba á recoger mi sombrero y mi abrigo?

Porf. Naturalmente. (*Schultze va hacia las escaleras de espaldas á Aguirre y cuando ha puesto el pie en el primer peldaño, Aguirre, que ha sacado el revólver, le apunta y grita:*) ¡Alto, señor Schultze! (*Este se vuelve sorprendido.*) ¡Arriba los brazos! (*Obedece.*) Registrenlo. (*Dice á los agentes. Uno se acerca á Schultze y lo registra, sacando de sus bolsillos la carta que le entregó Revilla y el engarce del collar.*)

Porf. Ese es el engarce del collar!

Agui ¡Al fin hemos hallado una buena pista.

Schul. Nuevamente se engaña usted, señor Aguirre. El armazón del collar me acusa, pero la carta de don Porfirio me absuelve.

Porf. ¿Una carta mía?

Agui. Veamos. (*Leyendo la carta.*) «Señor don Juan Schultze. Amigo mío: Con uno de los criados de mi hija, le envió á usted el collar que le compré hace unos días. Los negocios

no marchan tan bien que pueda disponer de una suma tan elevada para la compra de una alhaja. Si usted no pudiera comprármelo á su vez, devolviéndome el importe, menos una cantidad descontada como comisión, desmón telo y entregue las piedras al dador de la joya Gracias. Es suyo, Porfirio Alvarez.»

Porf. ¡Porfirio Alvarez!... (*Tomando la carta.*)

Schul. No quería descubrir las intimidades del señor Alvarez. Estos casos ocurren con bastante frecuencia; pero siempre quedan fiados á la discreción y el secreto.

Porf. Realmente, si yo no estuviera persuadido, seguro de no haber firmado ni escrito jamás esta carta, podría jurar que es mía.

Schul. Yo tengo en mi poder varias cartas del señor Alvarez; y fiado en la autenticidad de esta otra, he procedido con arreglo á lo que en ella se me ordenaba. Además, el criado que me la entregó, vestía la librea de su casa.

Agui. (*Al agente.*) Acompañe usted al señor Schultze á que recoja su sombrero y su abrigo.

Schul. ¡Nol... Ahora, no, señor Aguirre. Yo no tenía el menor reparo en acompañarle á usted á la Jefatura y prestar allá cuantas declaraciones se me pidieran, mientras mi permanencia en aquellas oficinas no tuviera otro carácter que el de cumplir con un deber de ciudadanía ayudando á la justicia en sus investigaciones. Ahora, el asunto toma otro aspecto. Después de invadir mi casa y de acosarme como á un criminal, pretende sacarme de ella y conducirme como detenido.. Sería yo el último de los imbéciles si me dejara manejar á su capricho, sin oponer la menor resistencia. Señor Aguirre, haga usted el favor de salir de mi casa y no pretenda volver á ella si no trae un mandamiento judicial. Mientras, yo voy á conferenciar con mi abogado y con el cónsul de mi país.

Agui. Es que no le dejaré á usted salir á la calle.

Schul. ¡Haré lo que tenga por conveniente, sin preocuparme de sus determinaciones!

Agui. ¡Está bien!

Suena el teléfono. Aguirre va hacia él, pero Schultze se interpone y se acerca al aparato.

- Schul.** (*Al teléfono.*) ¿Quién?... ¡Sí, señor!... ¿El señor Aguirre?... Aquí está... Ahora mismo... (*A Aguirre que se ha acercado al aparato.*) Es su compañero, el señor Revilla, que le llaman desde la oficina.
- Agui.** (*Al aparato.*) ¿Qué?
- Porf.** (*A Schultze.*) ¿El señor Revilla?
- Schul.** Sí... Me parece que le conocí en su casa de usted esta mañana. ¿No era él?
- Porf.** Sí. El mismo al que han narcotizado para poder realizar el robo.
- Agui.** (*Al teléfono.*) No... Yo voy ahora mismo. Lo mejor es que me aguardes ahí. (*Deja el aparato.*) Retire usted la gente de arriba, de la escalera. Los de la puerta, que aguarden ahí. ¿Viene usted, don Porfirio?
- Porf.** Como usted quiera.
- Agui.** Hasta muy pronto, señor Schultze.
- Schul.** Hasta cuando usted guste, señor Aguirre
Don Porfirio saluda á Schultze con una inclinación de cabeza, á la cual el joyero, responde del mismo modo. Salen todos por el fondo. Schultze cierra la puerta y apaga todas las luces menos la del enchufe del bureau.

ESCENA VI

SCHULTZE y á poco SEBASTIÁN

Schultze va á la caja, la abre, introduce en ella el brazo y manipula dentro, teniendo la mirada fija en las bombillas altas del muro. A poco la bombilla roja se enciende y repiquetea el tambor del timbre. Schultze mira á la escalera, por la que aparece Sebastián, que baja rápidamente.

- Sebas.** ¿Qué?
- Schul.** ¡Una torpeza!... Ha estado aquí Aguirre.
- Sebas.** Lo sé. Le vi llegar.
- Schul.** Me ha encontrado en un bolsillo el engarce.
- Sebas.** ¡Más valía que lo hubiera usted dejado encima de la mesa!... ¡Nos ha fastidiado!... ¿Y qué?
- Schul.** No tardará en venir con un mandamiento judicial, para detenerme y registrar la casa.
- Sebas.** ¡Pues le ha caído á usted la helá! ¿Supongo que no pensará usted aguardarle?
- Schul.** ¿Qué he de hacer?

- Sebas.** ¡Najarse!... ¡La del humo! Aguirre conoce su vida mejor que usted mismo, y lo único que aguardaba era una ocasión para meterle á usted mano y enchaparle en papel de oficio, sacandole á relucir... lo que usted y yo sabemos.
- Schul.** Todo eso tendrá que probarlo él, y huyendo lo confieso yo.
- Sebas.** Depende de que usted se deje cojer ó no. Si le llevan á usted detenido, entonces sí que no se escapa; y ya una vez allí dentro. . es tan fácil irse de la lengua.
- Schul.** ¿Qué dice?
- Sebas.** Lo que he dicho... ¡Agüeteque!... Vamos, antes de que nos puedan coger aquí... ¡Vivo, vivo! Pero...
- Schul.**
- Sebas.** No hay más que hablar. A usted me lo llevo yo por ¡delante! Además, cuándo podrá usted dar mejor golpe? .Lo que hay aquí lo tiene usted todo en comisión: vamos á liquidarlo. *(Entre los dos sacan los estuches de las vitrinas, de los que retiran las alhajas, que van poniendo en un rincón aparte.)* Los estuches los dejamos aquí, para que se cobren los acreedores. *(Saca de la caja un fajo de billetes que se guarda; todo esto rapidísimo. Schultze corre escaleras arriba y desaparece. Sebastián revuelve las alhajas, coge una y se la guarda. Schultze baja trayendo un saquito de piel, su sombrero y el abrigo. Mete las joyas en el saquito. De pronto, suspende la operación y se queda mirando á Sebastián, como echando de menos la joya que le ha robado. Sebastián, muy fresco, le dice:)* ¿Qué?... ¿Vas á poner mala cara? *(continúa la faena.)* Que no se olviden los papeles, que ese es el mejor cabo pa devanar la maraña... Ahora yo le llevaré á usted á un sitio seguro; luego, ya veremos lo que dispone Revilla. Esta noche, quizás que no podamos verle.
- Schul.** Está con Aguirre y Don Porfirio.
- Sebas.** Cumpliendo con su deber como un hombre. *(Suena el timbre de la puerta del fondo. Sebastián y Schultze contienen la respiración y escuchan. Vuelve á sonar el timbre y al mismo tiempo la puerta del entresue-*

lo.) ¡Ha llegao la hora! ¡Usted primero!... Empuja á Schultze hacia la caja de hierro, éste entra en ella y desaparece. Sebastián, antes de huir, recorre con la mirada la escena; rápidamente desenchufa la lampara y huye por la caja, la cual se cierra automáticamente. Mientras tanto, fuera se oyen voces. A poco se oye arriba un crujido enorme, como de haber saltado la puerta. El hueco de la escalera se ilumina y bajan rápidamente, con el revólver en la mano y una linterna eléctrica, Revilla y Aguirre. Miran en el taller y pasan al despacho, donde Revilla enciende las luces. Bajan algunos agentes.

Revi.

¡Nadie!

Agui.

¡Lo esperaba! ¡Nunca me perdonaré el no haber detenido á la fuerza á este miserable!

Los agentes recogen del suelo algunos estuches vacíos. Toda la escena está iluminada.

TELON

ACTO IV

Gabinete en casa de Revilla. Al fondo, á la izquierda, puerta que comunica con la alcoba, con portier que puede correrse y descorrerse: en el ángulo de la derecha, una puerta pequeña que da al cuarto de baño. En la lateral de la derecha, en el centro, puerta con cortinaje. A la izquierda, en segundo término, una chimenea, en primero un balcón; al fondo, entre la chimenea y la puerta de la alcoba, un armario de luna. En el centro de la escena una mesa; sobre el friso de la chimenea espejo, unas figuritas y varios retratos de artistas; por las paredes retratos y postales de mujeres. Sillones, sillas. La acción comienza en las primeras horas de la mañana

ESCENA PRIMERA

REVILLA y FELIPA, que entra y sale.

Al levantarse el telón, Revilla lee con gran interés los diarios de la mañana. El pelo despeinado y como si hiciera tan sólo unos minutos que había salido del baño. Viste pantalón claro y zapatillas. Al fondo se ve la cama hecha y todo en orden. Al comenzar la escena sale del cuarto de baño, con un cubo, un paño y una escoba, la señora Felipa, una mujer de edad, gorda y achacosa.

- Felip.** ¿No quiere usted nada más, señorito?
Revi. (*Sin dejar de leer.*) Nada, señora Felipa. No quería más que los periódicos y que me avisara usted un café.
Felip. No sé cómo no lo han subido ya. . Y es que ese pobre de Averisto está ya como yo: con la cabeza ida y pesándole cada pata dos quintales... Bueno, pues, si no manda usted otra cosa, como por aquí no hay nada que hacer,

me voy... La cama está tal y como yo la dejé ayer; he recogido el agua en el cuarto de baño, que lo pone usted que no parece sino que donde se baña es en el suelo, y aquí, aquí no hay que tocar.. ¡Claro! Como que seguramente no hará ni dos horas que ha entrado usted en casa... ¡Qué juventud, señor, qué juventud!... Por supuesto, que algún día sus tendrá que pesar! (*Revilla, abstraído con la lectura, ni le escucha. Felipa se despide.*) Hasta mañana, señorito.

Revi. Adiós.

La señora Felipa sale por la derecha. Fuera se oye el timbre de la puerta de entrada.

Felip. (*Dentro, hablando sola. La voz suena cada vez más lejana, volviéndose á acercarse cuando acompaña á Evaristo.*) Este debe ser Evaristo... Está el pobre tan mal de los pies, que tarda las eternidades... (*Se oye abrir y cerrar la puerta.*) ¿Has llegado ya? Pues no hace más que media hora que fui á avisarte... ¿Y has tardado tóo ese tiempo de la esquina aquí?... Pasa y deja el servicio.

ESCENA II

DICHOS y EVARISTO.

Este es un viejo encorvado, pero recio, que camina arrastrando unos pies enormes, y de tales y tan intrincadas ramificaciones de callos y juanetes, que le obliga á llevar unas botas llenas de bocas y de cortes, como sajaduras de diviosos. Trae á la cabeza una gorra de sarga, en la que brilla más la grasa que la seda; tufitos y patillas alfonsinas de un blanco gris; nariz acaballada y boca sumida. Viste el absurdo smoking poblado de lámparas, obligatorio en todo camarero, y mandil con faltriquera. Evaristo, aunque lleva cincuenta años en Madrid, conserva en todo su rigor el acento de Puerta-Tierra. Trae la bandeja con el servicio y servilleta al brazo. Felipa viene tras él.

Evar. Ze pué pazá?

Revi. Adelante.

Felip. Pasa, hombre, pasa, que hoy no hay nadie más que el señorito. Creíamos que ya no vendrías.

Evar. ¿Cómo m'iba yo á figurá que ya estaba er señorito levantaó? (*Deja el servicio sobre l*

mesa.) Y es que por la mañana, ¿zab'usté?, por no encendé lumbre tan temprano, hay mucha gente que desayuna der café; y á estas horas ya me yevo yo zubios más de siete mi escalones.

Felip. Pues empezarias á subirlos ayer tarde, porque con el paso que tienes...

Evar. Luego gorveré por er servicio.

Revi. Hasta luego.

Felip. (*A Evaristo, que sale arrastrando los pies.*)

¡Anda, que pa volatinero no tenias precio!

Evar. Ze jace lo que ze pué...

Vánse por la puerta de la derecha.

ESCENA III

REVILLA, luego SEBASTIÁN.

Revilla se sirve café. Va á la chimenea, coge la pitillera y enciende un cigarro y vuelve á tomar café. De repente deja la taza y rápidamente, con la mano derecha en el bolsillo, como si empuñara un revólver, va á asomarse á la puerta de la derecha. Separa la cortina, y mirando hacia fuera dice, riendo.

Revi. ¡Estás muy bien!

Sebas. (*En la puerta.*) ¿Podrían reconocerme?

Revi. ¡Nadie! (*Sebastián entra en escena. Es el tipo de un clérigo vestido de paisano. Todas las prendas parecen extrañas al individuo. Completan su caracterización unas gafas y un bastón, que, por lo alto, más tiene de pértiga. Una vez lograda la impresión del tipo, Sebastián se quita el sombrero, las gafas, el abrigo y se muestra tal y como es él.*)
¿Has leído los periódicos?

Sebas. Todos.

Revi. ¿Y qué piensas?

Sebas. ¡Qué he de pensar!... Que cada uno por su lao debe ir cantando bajito aquella copla de la zarzuela. (*Canta bajo y con misterio.*)

«Mi situación
está en un tris,
y hay que tener
mucho de aquí.» (*Señalando á*

la pupila.)

- Revi.** ¿Dónde has pasado tú la noche? ¡Aquí no has venido!
- Sebas.** No... Me fui al merendero de la Pepa, que me pareció el sitio más seguro para dejar á Schultz. Y tú, ¿qué?
- Revi.** Yo estuve en la oficina hasta las cuatro. No quería separarme ni un momento de Aguirre, y además me interesaba conocer las órdenes que se daban.
- Sebas.** ¿Y cuáles han sido esas órdenes?
- Revi.** ¡Como las cumplan no se escapa ni una rata!
- Sebas.** Pero como no se cumplirán.
- Revi.** Si se cumplen, porque de no hacerlo van á llover los traslados y las cesantías. Y ahora mismo, la situación está peor que en esta madrugada. Después de leer esto, no le quedan al jefe más que dos caminos: ó devolverle hoy mismo los brillantes á don Porfirio ó darse un tiro.
- Sebas.** ¡Pues lo estoy viendo en el depósito! Porque á mí puede que me detengan; pero en lo que toca á los brillantes... Digo..., á menos que tú no creas que el devolverlos es conveniente pa el negocio.
- Revi.** ¡De eso no hay que hablar!... Lo que sí es necesario es que meditemos seriamente sobre la situación, porque al que cojan lo hacen harina.
- Sebas.** Yo ya lo he meditado... ¡El ahuequen!
- Revi.** Es pronto... Yo veo la situación muy comprometida; pero no hasta ese extremo... Más te digo: si en este asunto no hubiera más mano que la nuestra —tú y yo solos— estaría tranquilo.
- Sebas.** Pero es que no somos solos, que está ese tío de por medio, y ese, como le echen mano, gomitita... Yo te digo que debemos ponernos en lo peor: y ya en ese terreno, tóo es cuestión de coger la vez. El que coja la vez es el amo. Dicho se está que si nosotros les damos tiempo nos empitonan por la faja y caemos en el de Cartagena; pero si nos adelantamos, cuando ellos quieran acordar les hemos puesto muchas leguas por medio. Nunca nos podremos marchar con más ventajas. Nos coge con algún dinero. Entre alhajas y piedras y

otras menudencias podemos liquidar unos treinta ó cuarenta mil duros ¡Halal!... ¡Vístete y arreamos!... Yo estuve á primera hora en el garage y les encargué que nos tuvieran un coche dispuesto. Cogemos la carretera de Andalucía, y al caer la tarde estamos en el campo de La Línea, donde no hay más jurisdicción que la nuestra, porque mi padre, que tiene allí fábrica de tabacos de Vuelta Abajo es el amo! (*Suena el timbre de la puerta. Quedan un momento silenciosos.*) ¿Quién puede ser?

Revi.

No sé.

Sebas.

¿Aguardabas á alguien?

Revi.

No, á nadie.

Sebas.

¿Abro?

Revi.

Tú, no. Si fuera alguno que te persigue, te habías puesto en sus manos. Pero de todos modos, ¿por dónde vas á salir?... Aguarda. (*Va al armario y saca de él varias prendas de mujer que coloca en las sillas próximas á la alcoba: luego un sombrero de mujer, unos guantes y un bolso.*) ¡Entra ahí, que ahí no entrará nadie! (*Señalando á la alcoba.*) Escucha tras de la cortina, y si ves que hay peligro, escapas por el montante aquel: vas al garage, coges el coche y te vienes á la esquina de la calle.

Sebas.

¿Y tú, cómo vas á escapar?

Revi.

¡Ya veremos! (*Vuelve á sonar el timbre. Revilla se despeina más de lo que está, se desabrocha el pijama y la camisa, y como si se hubiera echado de la cama, sale diciendo:*) ¡Val!... ¡Ya va!... (*Se le oye hablar fuera*) ¡Holal! ¿Eres tú?... Perdona. Si hubiera sabido que eras tú, salgo de cualquier modo y no te hago esperar.

Con las últimas palabras aparece acompañado de Aguirre.

ESCENA IV

REVILLA y AGUIRRE.

- Revi.** Me había acostado.
- Agui.** Siento mucho haberte hecho levantar y... además... ¡perdona! (*Aludiendo á la mujer que supone hay en la alcoba.*) El que no sabe, no yerra...
- Revi.** (*Sonriendo.*) Nada, hombre. Tú eres un amigo de confianza. Por eso te he hecho pasar aquí que está más templado. Además, yo pensaba estar á las diez en el Juzgado, que es la hora en que calculaba que ya estarías tú allí... ¡Vaya una nohecita'...
- Agui.** De las que á ti te gustan: un capítulo de las antiguas novelas por entregas. (*Inspeccionando la habitación.*) Es bonito este piso.
- Revi.** Sí. Es cómodo y no muy caro; pero tan reducido... Los caseros creen que un individuo puede vivir en una caja de fósforos, y de lo que debiera ser un piso hacen cuatro. Pero ¿no te sientas?
- Agui.** Hablaremos bajo, ¿eh? (*Se sientan.*)
- Revi.** Es lo mismo... Tiene el sueño un poco pesado.. (*Pausa. Aguirre observa á Revilla. Este, próximo á perder la serenidad, dice.*) Tú dirás ..
- Agui.** No sé cómo empezar... Pero, en fin. ¿Tú tienes algún juicio formado sobre los sucesos de ayer?
- Revi.** No. Aún no he podido hacer una apreciación concreta. Fueron tales los acontecimientos y tan precipitados, que todavía no he podido darme cuenta clara de ellos.
- Agui.** ¿Ni sospechas de alguien?
- Revi.** Tampoco. No relaciono á persona determinada con los sucesos.
- Agui.** ¿Ni siquiera á Schultze?
- Revi.** Respecto á Schultze no hay más remedio que creer en su complicidad, porque otra cosa sería negarse á la evidencia. Pero ¿en qué parte y en qué forma podemos apreciar una

complicidad de Schultze?... Yo no veo eso claro.

Agui. Se te conoce que has pasado la noche en vela..., ó es que aún te duran los efectos del narcótico. Estás muy torpe.

Revi. Es posible que sean las dos cosas. Además, yo nunca he sido un lince. Pero... vamos, ¿quieres decirme por qué me hablas con ese retintín?

Agui. (*Con energía.*) ¡Porque estoy seguro de que lo eres franco conmigo! ¡Porque tengo la persuasión de que tú conocías á Schultze!

Revi. ¿Yo?

Agui. ¡Tú!... A mí no se me escapan ciertos detalles. Anoche, cuando entramos juntos en el taller de Schultze, en medio de la obscuridad, fuiste derecho á los interruptores, como si conocieras bien la casa, y diste luz.

Revi. (*Burlonamente.*) ¡Eres demasiado sagaz! Primeramente, no es cierto que la habitación estuviera completamente á oscuras, tú llevabas una linterna y yo otra: Al dirigirlas á la pared, las llaves de la luz, cubiertas por un casquete metálico, brillaban. Pero aparte de esto, como en todas las partes del mundo los interruptores están colocados próximos al quicio de las puertas, no es necesario haber nacido en una habitación para dar con ellos á ojos cerrados: si no están á la derecha, están en la izquierda.

Agui. ¿Y tu conocimiento del juego de las lámparas verde y roja y de los timbres?

Revi. Tampoco es preciso ser discípulo de los siete sabios para explicárselo. En aquella casa hemos visto que hay tres timbres: el del teléfono, el de las puertas y otro para llamar á los criados. ¿Es tan difícil darse cuenta de esto y comprender que se ha querido distinguir fácilmente la llamada dándoles un sonido muy distinto á cada uno de ellos? En cuanto á las lámparas, hay dos puertas, una arriba y otra abajo: los dos llamadores dan á un mismo timbre, que tiene dos resistencias: una roja, que indica la puerta de arriba, y otra verde, de la de abajo... ¡Yo creo que no hace falta ser detective moderno para apereibir

- cosas tan claras!... Créemelo, las novelas de Conan Doyle os han hecho perder el juicio. (Con indignación.) ¡Si no tuviera la seguridad, la evidencia..., la comprobación de lo que eres, tu serenidad me podría hacer dudar! ¡Pero no; no dudo!
- Agui.** (Sonriendo) ¿Pues qué soy yo?
- Revi.** ¡Eres un ladrón!... ¡El jefe de la banda!
- Agui.** ¡Yo!... ¡Tiene gracia! (Ríe alegremente.)
- Revi.** ¡Tú!... ¡El ladrón eres tú!... Me es igual que lo niegues ó que lo reconozcas..., ¡tengo pruebas irrecusables! La impresión de tu mano, tu huella dactilar, está marcada en el reverso de la ficha de aquel farsante que acompañaba al supuesto hombre de la bufanda, haciéndose pasar por confidente. Aquella ficha la hiciste tú, y tu huella corresponde perfectamente con los objetos recogidos por mí en los lugares donde se cometieron los robos.
- Agui.** Entonces, teniendo esas seguridades, ¿has venido á prenderme?
- Revi.** No... He venido á decirte que te he descubierto y que tengo todas las pruebas necesarias para entregarte hoy mismo á los tribunales; pero por una consideración de antigua amistad, y porque tu conducta al hacerse público podría desacreditar á nuestra profesión, yo no he de denunciarte; pero es necesario que me entregues el collar de brillantes. Es preciso que hoy mismo sea restituída á su dueño la joya robada.
- Agui.** ¿Y si eso es imposible?
- Revi.** Entonces... ¡presentaré todas mis pruebas y serás detenido!
- Agui.** ¿Crees tú?
- Revi.** Estoy seguro.
- Agui.** ¿Y si estuvieras engañado?
- Revi.** ¡No lo estoy!
- Agui.** ¿Y si yo te digo que todas esas pruebas, que tú crees definitivas, he sido yo —yo, que te conozco! — el que te las ido dejando á la mano, para estar absolutamente seguro de que jamás podrías identificarnos!... ¿Y si esa ficha en cuyo respaldo has creído encontrar mi huella, no es la que yo hice, sino otra que yo sustituí por la verdadera?...

- Agui.** ¡Te diría que mientes!
- Revi.** ¿Para qué?... ¿Qué interés puedo yo tener en mentirte?... ¿Por temor á tus pruebas?... ¿Qué me importan á mí tus pruebas, si mucho más de lo que ellas te puedan decir, estoy dispuesto á decírtelo yo! . . . Cuando has llamado á la puerta te aguardaba. Sabía que habrías de venir y me he quedado aquí esperándote. Quiero que seas tú quien me detengas... Serás tú, ¿verdad? ¿Quieres conducirme tú mismo!... Aguarda: en un instante estoy vestido; luego me pones las esposas y... ¡marche usted delante!.. (*Descorre el portier del fondo*) Como habrás podido suponer, aquí no hay nadie...
Empieza á vestirse.
- Agui.** (*Sin sacar la mano del bolsillo, como el que tiene amartillado el revólver*) Dame el collar de brillantes y yo mismo te proporcionaré el modo de que puedas huir.
- Revi.** Si yo tuviera los brillantes, sólo por el placer de proporcionarte un éxito en tu carrera, ahora mismo te los entregaba; pero no los tengo. Están en manos del cajero de nuestra Sociedad.
- Agui.** Entonces... (*Saca el reloj.*) son las nueve menos cuarto, si á las nueve no estamos en la Jefatura, vendrán á buscarnos.
- Revi.** ¿Eso quiere decir que me has denunciado?
- Agui.** No. He dejado dicho que si á esa hora no estaba yo en mi despacho, que enviaran inmediatamente á un compañero á buscarnos.
- Revi.** Por lo tanto, ¿si yo pretendiera marcharme ahora mismo, me lo impedirías? (*Se oye la bocina de un auto.*)
- Agui.** ¡Sí!
- Revi.** Pues aguardaremos la llegada de nuestro compañero... No temas. El cuarto de baño no tiene salida, no hay más salida que esa puerta.
- Agui.** ¿Y aquel montante?
Señalando al de la alcoba por donde se fué Sebastián.
- Revi.** ¡Hombre!... ¡Ya sería un poco difícil escapar por ahí!... No, aquí no hay salida ninguna. Los ladrones españoles somos muy poco pre-

cavidos Ya ves, yo no tengo ni una biblioteca que gire automáticamente y descubra una puerta; ni un reloj alacena; ni un cigarro que haga adormecer á la primera chupada; ni un ascensor eléctrico en la chimenea... Los ladrones españoles nos defendemos á cuerpo limpio y sin barrera. (*Ahora sólo le falta el chaleco y la americana.*)

Agui. (*Sinceramente*) Esperaba yo que procederías con mayor sensatez. Para mí, que he sido amigo tuyo, es muy dolorosa la determinación que me veo precisado á tomar...

Revi. (*Que ha terminado de vestirse, cambiando de actitud dice á Aguirre.*) ¿Pero tú has creído ni por un momento que me vas á detener á mí?

Aguirre retrocede dos pasos y saca su revólver; al mismo tiempo, Revilla ha sacado el suyo: los dos quedan frente á frente apuntándose. Esta situación, que dura unos instantes, es interrumpida por el timbre que se oye fuera.

¿Vienen á detenerme?

Agui. ¡Si! (*Sin dejar de apuntar.*)

Revi. ¿Quién viene?

Agui. No lo sé; uno.

Revi. ¿Me prometes despedir al que sea, y que vayamos juntos, tú y yo solos á buscar los brillantes?

Agui. ¡Si tú me das palabra de entregármelos, sí!

Revi. Te lo prometo.

Agui. ¿Qué garantía me das?...

Revi. (*Le entrega el revólver á Aguirre después de reflexionar unos momentos.*) ¡Tomal Ve á abrir. y luego hablaremos.

Aguirre toma el revólver y lo guarda con el suyo. Pero apenas ha salido, va al armario, del que saca otro revólver que se guarda en el bolsillo. Se oye dentro la voz del Camarero, que arrastrando los pies viene hacia la escena. Al oír la voz, Revilla recobra su expresión de jovialidad. Entran en escena, primero Aguirre y detrás Sebastián, caracterizado idénticamente al tipo de Evaristo. Todo el efecto de este acto y el resultado total de la obra depende de que el público no pueda sospechar que Sebastián ha sustituido á Evaristo, hasta que él mismo se descubra y pueda lograrse el efecto final.

Sebas. (*Dentro.*) ¡Buenos días, señorito!... ¡Venía por er zervicio!

- Revi.** (*Sin sospechar que es Sebastián.*) ¡Es un compás de espera! (*Entra Aguirre.*)
- Sebas.** (*En la puerta y con una bandeja á la cabeza con servicios vacíos.*) ¿Ze pué pazá don Manué?
- Revi.** Adelante, Evaristo...
Revilla está al lado de la mesa, á la derecha.

ESCENA V

REVILLA, AGUIRRE y SEBASTIÁN.

Sebastián, sin mirar á Revilla, va á la mesa, donde pone la bandeja. Al recoger el servicio y notar que las cafeteras están casi llenas, mira por primera vez á Revilla y le dice.

- Sebas.** Poco café ha tomao usté hoy, don Manué. ¿Tié usté malo er vientre? (*Revilla reconoce á Sebastián, pero no hace demostración alguna. Sebastián recoge los servicios y pide con miradas que le dé el importe. Revilla saca del chaleco un duro y se lo da.*) Me parece que no tengo cambio. Por la mañana temprano no hay quien pague. ¿No tié usté pesetas A mí no me arcanza pa darle la güerta.

- Revi.** (*A Aguirre*) ¿Tienes cambio?
Aguirre se mete la mano derecha en el bolsillo del chaleco y en el acto Sebastián se saca la mano de ía faltriquera, armada de un revólver, se yergue y grita, cogiéndole la vez.

- Sebas.** ¡Arriba los brazos!... (*Avanza y casi le pone el revólver en el pecho*) ¡Arribal

Aguirre va á echar mano á su revólver y Revilla, por detrás, le coge los brazos y se los cierra hacia la espalda. Con gran rapidez Sebastián le echa á la cara la servilleta que trae al brazo y lo amordaza, y mientras forcejean Aguirre y Revilla, coge los cordones de recoger la cortina y se los ata á las piernas. Luego, entre los dos, le atan los brazos, le conducen á una butaca y lo sientan en ella.

- Revi.** (*A Aguirre*) Perdona... Es la lucha por la vida.

- Sebas.** El ratón y el gato... (*A Revilla.*) Si tienes que recoger algo, anda vivo: el coche nos aguarda en la esquina.

Revi. (*Recogiendo algo que se supone de dentro del armario*) Anda, que éste me ha denunciado y vendrán á detenerme.

Sebas. (*Poniéndole en el pecho á Aguirre el revólver.*) ¡El muy ladrón! ..

Lllaman á la Pueria y Aguirre lucha por quitarse la mordaza.

Revi. ¡Son ellos!...

Sebas. ¡Calma, ó estamos perdidos!

Revi. ¡Aguarda!... (*Va á la alcoba y vuelve con la llave de la puerta.*) ¡Anda! (*Salen y á poco se oye á Revilla que, muy amable, saluda á los que llegan.*) ¡Hola! Pasen ustedes ahí, donde les aguarda el amigo Aguirre. Yo voy al café de la esquina, donde me han llamado por teléfono, y vuelvo al instante ¡Vamos á ver si encauzamos bien ese asunto! ¿Usted querrá café?... Súbase usted dos cafés, Evaristo... ¡Pasen ahí á la izquierda y hasta ahora!..

Se oye cerrar la puerta de golpe. Por la puerta, contoneándose, entra Santonja, seguido de Pérez. Al ver á Aguirre maniatado da un respingo hacia atrás, saca el revólver y grita.

Sant. ¡Pérez!... (*Saca el revólver también.*)

ESCENA VI

AGUIRRE, SANTONJA y PÉREZ

Santonja avanza hasta llegar á Aguirre, al que contempla con asombro. Pérez siempre á su lado.

Sant. ¡Qué es esto!... ¿Es usted, Aguirre?... ¿Qué le ha ocurrido? .. ¿Por qué está usted así?...

Los dos miran á Aguirre y asombrados, no se les ocurre desátarlo. Aguirre, rojo de indignación, les indica con el gesto que lo hagan; pero Santonja, que no sale de su estupor, no lo entiende.

Pérez. (*A Santonja.*) ¿No le parece á usted que le debemos quitar las ligaduras?

Sant. ¡Sí!... ¡Es verdad!... Vamos, desátelo usted pronto y que nos explique qué significa esto Pérez le quita la mordaza.

Agui. (*Gon rabia*) ¡Han huído!

Sant. (*Cada vez más desconcertado*) ¿Quién?

- Agui.** ¿Quiénes han de ser?... ¡Revilla y Sebastián el Bufanda!
- Sant.** ¡Revilla y el Bufanda! ¿Pero dónde estaba el Bufanda?
- Agui.** Les han abierto á ustedes la puerta. (*Libre de las ligaduras, va al balcón. En la calle se oye la bocina de un auto. Abriendo el balcón.*) ¡Son ellos que escapan! ¡Corran, bajen á la calle! Pérez corre y desaparece por la puerta de la derecha. Santonja, en el centro, quieto, no sabe qué hacer; por último, se quita el sombrero y se limpia el sudor. Aguirre, desde el balcón, dispara y grita) ¡Detenedles!... ¡detenedles!...
- Pérez.** (*Que vuelve*) ¡La puerta está cerrada con llave!
- Agui.** (*Retirándose del balcón*) ¡Es inútil!... ¡Ya no hay quién los detenga!
- Sant.** Pero ¿Revilla?
- Agui.** ¡Revilla, es un ladrón!
- Sant.** Mire usted lo que son las cosas; ¡me lo había figurado!
- Agui.** ¿Se había usted figurado que era un ladrón?... ¡Pues yo, estoy seguro de que es usted un necio!
- Le vuelve la espalda y sale por la derecha.
- Sant.** (*Que ha quedado de una pieza, se pone el sombrero y grita*) ¡Pérez!
- Pérez.** (*Que está á su lado.*) ¡Señor Comisario!...

TELÓN



